La federalización de Buenos Aires en 1880, y luego los esfuerzos realizados por la generación del Ochenta para remodelar la Gran Aldea tomando a París como modelo, acentuaron la gravitación de la Plaza. Las tres ramas del gobierno nacional permanecieron en ella hasta 1906, cuando el Congreso se trasladó a su nuevo palacio en el extremo opuesto a la Casa Rosada, sobre Avenida de Mayo.

La Plaza de Mayo conservó su relevancia durante la transformación de la aldea en metrópoli. Los poderosos y los ricos continuaron viviendo cerca de este tradicional centro de prestigio. Pero como en los alrededores de la Plaza obreros y trabadores semiespecializados encontraban ocupación, los inmigrantes europeos recién llegados también se concentraron en la misma área. Las pautas de evolución de este centro, serán tema del próximo capítulo.

4

La Plaza y los conventillos

EN LA GRAN ALDEA, la Plaza de Mayo y las manzanas adyacentes eran el centro de la actividad comercial, financiera, social e intelectual. Los sectores adinerados y poderosos procuraron vivir en este centro y, en general, el prestigio de una familia tenía mucho que ver con su proximidad a la Plaza. Miles de obreros que habían llegado de Europa también ansiaban vivir cerca de Plaza de Mayo para no estar lejos de su trabajo y economizar en transporte. En 1910, a pesar de la gran expansión demográfica —la población había crecido siete veces—, el área de Plaza de Mayo seguía siendo aún el corazón de la ciudad, la residencia de los poderosos, así como el hogar de los obreros recién llegados.

Aunque los datos censales reflejan sólo incompletamente los rasgos del área, algunas de sus características pueden descubrirse en una perspectiva limitada en la zona arbitrariamente definida como "el Centro" de la ciudad[1]. Esta área rectangular de 250

[1] El centro, integrado por los distritos 1/6 en los censos de 1869, 1887 y 1895, estaba limitado por las calles Independencia al sur, Solís y Rodríguez Peña al oeste, Córdoba al norte, y Paseo Colón/Paseo de Julio (Leandro Alem) al este. En el censo de 1904 los distritos 13 y 14 cubrían aproximadamente la misma área: los límites norte y sur eran los mismos; abarcaba

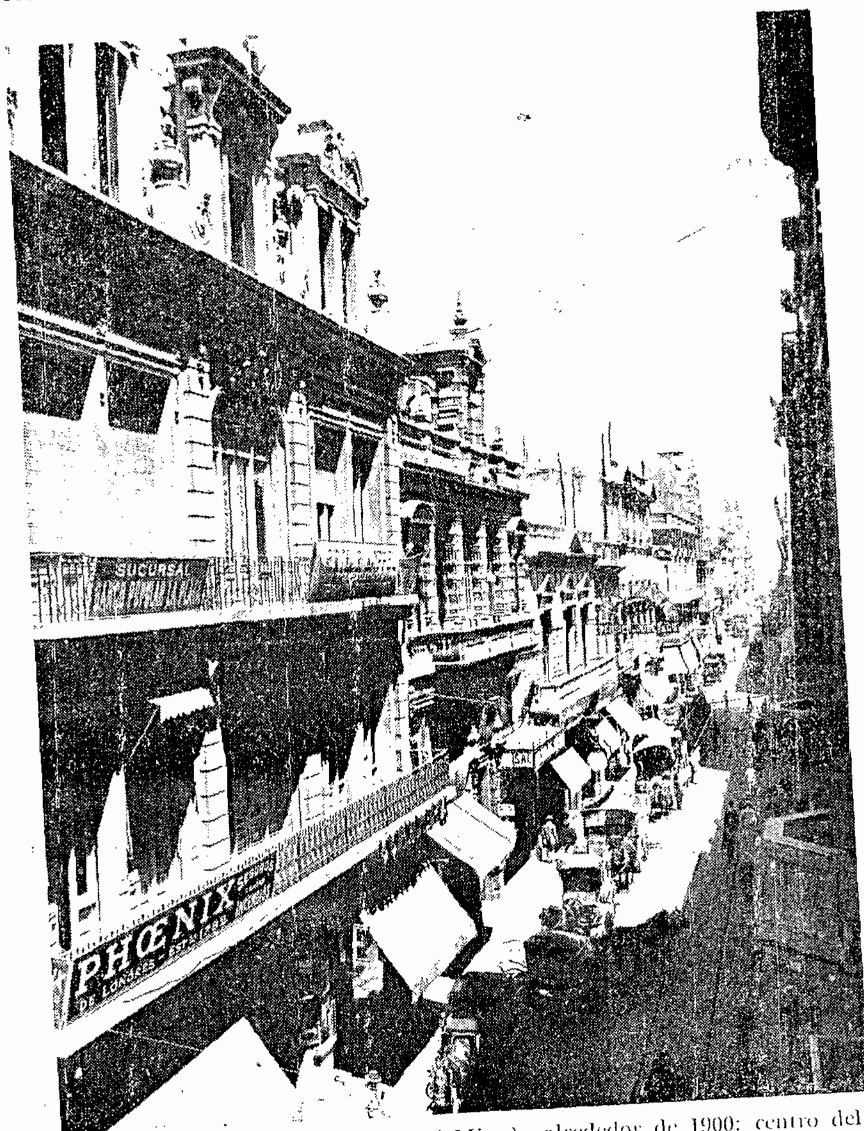
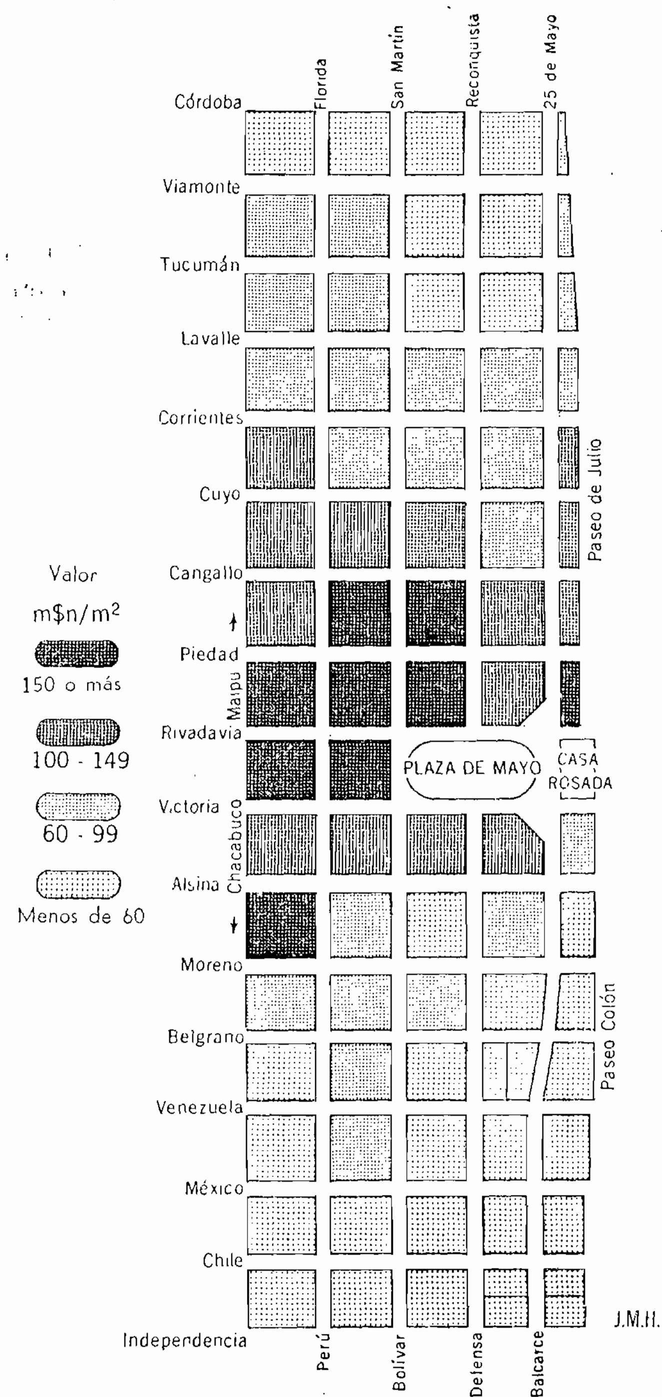


Fig. 22. Piedad (después Bartolomé Mitre), alrededor de 1900: centro del distrito financiero. (Archivo General de la Nación)



Mapa 9. Valor real de la propiedad inmobiliaria en los distritos censales 1 y 2 de la ciudad de Buenos Aires en 1887.

manzanas, constituida por seis distritos (del 1 al 6) en los censos de 1869, 1887 y 1895, y de dos distritos (13 y 14) en los censos de 1904, 1909 y 1914, aumentó su población de 83.000 a 138.000 entre 1869 y 1914. Sin embargo, no se produjo una afluencia abrumadora de población en esta zona, ni un gran aumento en su densidad. La expansión hacia afuera se reflejaba en la proporción de la población total que vivía en el Centro: casi la mitad en 1869, un cuarto en 1887 y una décima parte en 1909 (véase el cuadro 4). Predominaban los extranjeros. El porcentaje de extranjeros en el Centro excedía el del total de la ciudad, y la diferencia entre ambas cifras aumentaba constantemente. En 1869 los extranjeros de toda la ciudad eran el 50% del total de la población, en tanto que en el Centro llegaban al 52%. En 1914, mientras la proporción de toda la ciudad se mantenía casi constante (49%), la del Centro alcanzaba al 64%. Igualmente el porcentaje de extranjeros en el Centro fue siempre ligeramente superior —entre 2% y 4%— al de todo Buenos Aires (véase el cuadro 4).

Los censos de edificación relatan una historia paralela. El número de edificios en el Centro disminuyó de 8.000 a 7.000 entre 1869 y 1914. No obstante, las casas de más de dos pisos aumentaron enormemente en el mismo período —de 162 a 1.678 (véase el cuadro 4). Las características de la población de los conventillos surgen sólo en los censos de 1887 y 1904. Las cifras muestran que aproximadamente una tercera parte de la población del área vive en conventillos en 1887: la cifra absoluta de los habitantes de conventillos siguió siendo la misma en

una manzana más hacia el oeste, hasta Entre Ríos/Callao, en tanto que hacia el este incluía los terrenos ganados al río, pero baldíos en gran medida, de la zona portuaria. Estoy desarrollando lo que podría ser una definición más precisa del corazón de la zona céntrica, que baso en las boletas de los censos de 1869 y 1895. Estos materiales también permitirán un análisis de variables tales como ocupación, origen étnico, edad y educación, que no se consignan en detalle en los censos publicados. Aun cuando mi estudio está sujeto a mayores revisiones, parece que este corazón céntrico está contenido dentro del centro que defino aquí y que consiste de noventa y tres manzanas, limitadas al sur por Belgrano, al oeste por Buen Orden (Bernardo de Irigoyen), Artes (Carlos Pellegrini), al norte por Córdoba y al este por Paseo Colón/Paseo de Julio.

1904, sumando entonces un poco más de un cuarto de la población total del área (véase el cuadro 5).

Estos datos revelan un área edificada estable y destacan la preeminencia de inmigrantes, conventillos y edificios altos en el Centro. Para una mejor explicación de las razones y condiciones que unían tanto a los trabajadores recién llegados como a la élite a Plaza de Mayo, debe recurrirse a mapas, guías de la ciudad, periódicos y otros informes de la época [2].

Durante el período de rápida expansión demográfica, todos los servicios importantes para las actividades y comodidad de comerciantes, políticos y profesionales de la ciudad, estaban concentrados en las manzanas adyacentes a Plaza de Mayo. En 1910 las dos cuadras de Bartolomé Mitre (antes de 1906, Piedad) entre 25 de Mayo y San Martín, eran el eje espacial de bancos, casas de cambio y operaciones de crédito. Había también algunos bancos en Reconquista y San Martín, en una manzana a ambos lados de Bartolomé Mitre. Esta ubicación de las instituciones financieras se fijó en 1862, cuando la Bolsa de Comercio abrió sus puertas sobre el lado oeste de la calle San Martín, entre las de Cangallo y Cuyo. Dos décadas después, en 1885, este prestigioso eje espacial de las finanzas y el comercio volvió a orientarse hacia Plaza de Mayo, cuando la Bolsa de Comercio ocupó un hermoso edificio de dos pisos frente a ella, sobre Piedad. La crisis del Banco Nacional durante la de 1890 y su reemplazo por el Banco de la Nación, reforzó este cambio hacia la Plaza. El nuevo Banco de la Nación ocupaba el edificio del Teatro Colón sobre la Plaza. Otras importantes instituciones bancarias prefirieron la calle de la Piedad: el Banco de Italia y Río de la Plata, establecido en 1872; el Banco de Londres y Río de la Plata, que se trasladó a esa calle en 1867; el Banco Carabassa, que abrió sus puertas allí en 1880 y luego fue absorbido por el Banco de Londres en 1891; el

[2] Además de las guías de la ciudad tales como el *Almanaque Peuser*, *Anuario Kraft*, *Anuario Pillado*, *The Argentine Year Book*, *Handbook of the River Plate* y de numerosos mapas utilizados para ubicar los edificios e instituciones, una extensa información del primero y segundo distritos de policía aparece en A. Galarce, *Bosquejo de Buenos Aires*, 2 v., Buenos Aires, 1886-87.



Fig. 23. Florida, centro de la elegancia y el prestigio porteños, alrededor de 1900. (Archivo General de la Nación)

Banco Inglés y Río de la Plata, hasta que se mudó a Reconquista en 1884, y el Banco de Comercio, inaugurado en el mismo año.

De igual manera, se concentró la actividad comercial de la ciudad alrededor de Plaza de Mayo. En la década de 1880 el valor de la tierra y edificios sobre el lado norte de la Plaza había aumentado ligeramente con respecto a los del sur, pero el precio de los valores inmuebles descendía al alejarse de la Plaza en cualquier dirección (véase el mapa 9). El mismo esquema revela el número y monto de los capitales de los establecimientos comerciales registrados por manzana [3].

Los hoteles, restaurantes y tiendas frecuentados por la élite estaban próximos a Plaza de Mayo, especialmente sobre el eje

[3] Galarce, I, págs. 522-23; II. pág. 249.

Perú-Florida. Los lugares de reunión de los porteños distinguidos eran la Rotisserie Francesa y la Confitería del Águila en Florida, el Café de París en Cangallo y hoteles tales como el Hotel de Londres y la Casa del señor Leloir en Piedad, el Hotel de la Paz, el Hotel de Provence, el Hotel de Roma en Cangallo, y el Hotel Argentino en Rivadavia. Las sastrerías y comercios minoristas frecuentados por la clase alta, entre ellos la Sastrería Parenthou (1870), Sombrerería de A. Manigot (1853) y la Peluquería Ruiz y Roca (1876) se trasladaron a ubicaciones de privilegio sobre Florida. También había muchas tiendas lujosas en las calles Perú y Victoria, al oeste de Plaza de Mayo, como la Zapatería de J. Bernasconi (1855), la Imprenta y Librería de Mayo (1853), A la Ciudad de Londres (1873), El Progreso (1875) y la Mueblería de París (1851).

Los clubes sociales elegían el eje Perú-Florida para su instalación. Los dos primeros lugares de reunión de la élite, el Club del Progreso (1852) y el Club del Plata (1860), abrieron sus puertas respectivamente en Chacabuco y Perú al llegar a Victoria. La Sociedad Rural Argentina (1866) estableció su sede principal en la calle Perú nº 35. En la década de 1880 los clubes de la élite tenían su sede en la calle Florida: el Jockey Club (1881), el Club Naval y Militar (1881) y el Club de [Gimnasia y] Esgrima (1885). La élite de las comunidades extranjeras mostró una similar preferencia por la misma área. El Club Español (1866) estaba ubicado en la sección oeste inmediata a Plaza de Mayo, en tanto que el Club de Residentes Extranjeros (1841), el Club Francés (1867), el Circolo Italiano (1880) y la English Literary Society (1867), tenían sus sedes al norte de la Plaza. La zona de los teatros, originariamente centrada sobre Plaza de Mayo —el viejo Teatro Colón, terminado en 1855, y el Teatro Victoria, al oeste de la Plaza— había comenzado a trasladarse hacia el noroeste con la apertura de nuevas salas de espectáculos tales como el Odeón, la Ópera, el teatro San Martín y la Comedia. Este traslado hacia las calles Cuyo y Corrientes se confirma en 1908 con la inauguración del Teatro Colón. Ocupa una manzana en la esquina de Cerrito y Tucumán. Muchos nuevos teatros —Apolo, Politeama, Argentino y Nuevo— se instalaron un

poco más allá, sobre Corrientes, en tanto que el famoso Teatro Victoria se trasladaba cinco cuadras más hacia el oeste.

Después de 1900, el creciente costo de la tierra obliga a los edificios públicos y educacionales a abandonar el centro. En 1906 el Congreso se trasladó de su estrecho alojamiento al lado de la Casa Rosada a un imponente edificio en el extremo opuesto de Avenida de Mayo. La Corte Suprema en 1880 había transferido sus oficinas del Cabildo al centro del distrito financiero sobre la calle San Martín. En 1904 se puso la piedra fundamental para los Tribunales, cerca del Teatro Colón, pero las demoras pospusieron la inauguración definitiva de las cámaras de la Suprema Corte hasta 1942. Sólo el ejecutivo nacional no abandonó su tradicional sede en Plaza de Mayo. El Presidente y sus colaboradores así como los ministros —que aumentaron de 5 a 8 en 1898— siguieron en la Casa Rosada. La Municipalidad también continuó en la Plaza, aun cuando en la década de 1890 se trasladó desde el Cabildo a un edificio de cinco pisos, de estilo francés, a pocos metros, en la recientemente abierta Avenida de Mayo.

A pesar del alza de los alquileres, razones de tradición y prestigio conservaron a las instituciones de la clase alta cerca de Plaza de Mayo [4]. El Colegio Nacional de Buenos Aires estaba en la calle Bolívar, a una cuadra de la Plaza. Las actividades universitarias se agrupaban en sus vecindades. Ciencias Exactas e Ingeniería continuó en los primeros edificios de la Universidad de Buenos Aires, en la "Manzana de las Luces". En la década de 1880 la Facultad de Derecho se trasladó dos manzanas al sudeste, a la calle Moreno, y luego, en la década de 1920, ocupó su nuevo edificio en Azcuénaga y Las Heras, cuatro cuadras al noroeste de Entre Ríos-Callao. Con la creación de la Facultad de Filosofía y Letras en 1896, surgió un nuevo centro de actividad universitaria en Reconquista y Viamonte, siete cuadras al norte de Plaza de Mayo. Sólo la Facultad de Medicina permaneció fuera de ese radio debido, en buena medida,

[4] Véase especialmente *La Universidad Nacional de Buenos Aires 1821-1910*, Buenos Aires, 1910, publicado por el Consejo Superior de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

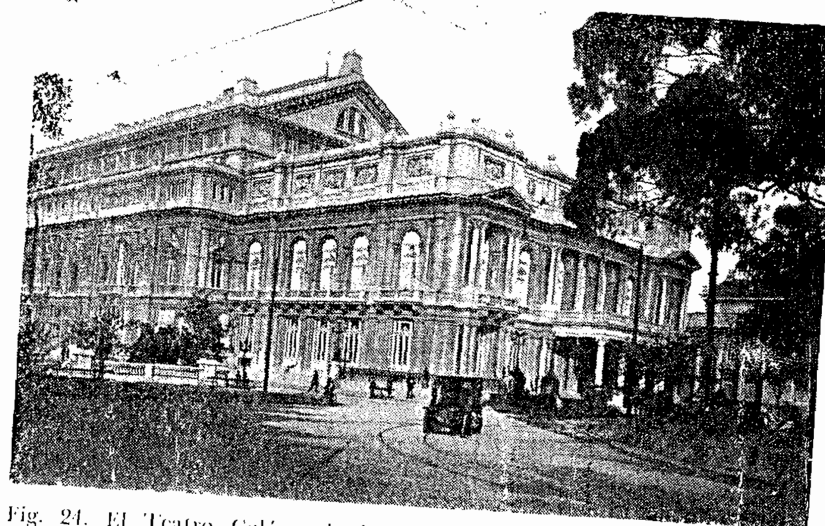


Fig. 24. El Teatro Colón, alrededor de 1910. (Archivo General de la Nación)

a la costumbre de situar los hospitales en los suburbios. En 1890 se trasladó de la vecindad del Hospital General para Hombres en el extremo sur de la ciudad, a una manzana entera en la intersección de Córdoba y Junín, cuatro cuadras más allá de Entre Ríos-Callao. La legislación de 1909 dispuso allí de cuatro manzanas al norte destinadas a un policlínico, pero no se terminaron las nuevas instalaciones para las cátedras universitarias hasta 1941. Cuando se abrió la Facultad de Agronomía y Veterinaria en 1909, también lo hizo en los suburbios, en una extensa área al oeste del cementerio de la Chacarita.

En tanto que la mayoría de los servicios para la clase alta permanecían —como en la Gran Aldea— en las vecindades de la Plaza, en un radio tan pequeño que podía recorrerse a pie, algunos acontecimientos de fines del siglo XIX iniciaron el movimiento de la élite hacia el lado norte de la plaza y eventualmente hacia el Barrio Norte. La epidemia de fiebre amarilla en 1871, la creciente comercialización de las principales calles residenciales, incluyendo el eje Perú-Florida; los cambios en el

estilo arquitectónico de las casas y el constante aumento de la masa trabajadora en los conventillos y zonas céntricas, hicieron que los nuevos miembros de la clase alta se establecieran en el lado norte de la plaza. La zona servía aún como centro de trabajo y diversión, pero los miembros de la clase alta buscaron lugares más aislados para sus residencias.

Las familias poderosas de Buenos Aires tradicionalmente se habían congregado al sur de Plaza de Mayo, en un área de 15 manzanas circundada por las calles Belgrano, Chacabuco, Rivadavia y Defensa, pero a fines de la década de 1880 comenzaron a levantarse prestigiosas casas al norte de la plaza, a escasas cuadras de Florida y San Martín. Algunas familias adineradas también tenían casas de veraneo en Flores o Belgrano, donde podían disfrutar del aire del campo y escapar del calor húmedo de las calles céntricas. Durante el verano y el otoño de 1871 esta inicial tendencia hacia el norte y hacia afuera recibió un fuerte impulso debido a la epidemia que hizo de esos retiros veraniegos lugares muy apetecidos, arrojando además serias dudas en cuanto a las condiciones sanitarias de la parte sur de la ciudad.

En la década de 1860 se habían producido algunas "alarmas" que, momentáneamente, fijaron la atención pública en las deficiencias sanitarias de la ciudad; no obstante, la mayoría de los porteños seguía arrojando los desperdicios en la vía pública y algunas calles que bajaban hacia el río eran poco menos que cloacas abiertas. Los desniveles de la calle y el pavimento inadecuado, permitían la formación de charcos de agua estancada. Además, los retretes en los patios del fondo de cada casa se vaciaban y limpiaban con poca frecuencia y así contaminaban fácilmente los pozos superficiales ubicados en el mismo terreno. En estas condiciones las enfermedades proliferaban, especialmente entre el creciente número de inmigrantes que, perseguidos por la pobreza, llegaban de Europa. En 1867, los soldados que volvían de la Guerra con el Paraguay trajeron el cólera a la ciudad. La epidemia atacó a 5.000 personas en abril y mayo y dejó tras de sí más de 1.500 muertos. El cólera volvió a visitar la ciudad al año siguiente, pero las estrictas medidas de cuaren-

tena limitaron su propagación. En 1869, la fiebre tifoidea alcanzó proporciones epidémicas, provocando unas 500 muertes en Buenos Aires; la población resignadamente aceptaba la fiebre tifoidea, la viruela y la difteria como flagelos periódicos e inevitables.

La fiebre amarilla, que se desató por primera vez en 1870, era desconocida en el Río de la Plata. Por otra parte, quienes viajaban a los puertos brasileños la temían mucho y se establecía una estricta cuarentena para los barcos que llegaban al Río de la Plata cada vez que aparecía esta enfermedad en Santos o en Río de Janeiro. El último brote de fiebre amarilla se había producido en 1857, en Montevideo, donde dejó un tendal de víctimas. Su inesperada aparición en Buenos Aires, en marzo de 1870, cobró menos de 200 víctimas y fue considerada como un evento caprichoso y fortuito.

A principios de 1871 la fiebre amarilla volvió a aparecer [5]. A fines de enero se produjeron varios casos en una casa cercana a la iglesia de San Telmo. Cuando la enfermedad alcanzó proporciones de epidemia en febrero, los diarios fustigaron una serie de causas presumibles: los desperdicios arrojados por los saladeros al Riachuelo, los conventillos atestados y con frecuencia sucios, donde los inmigrantes recién llegados se apiñaban, las condiciones de extrema suciedad de las barracas y hospitales cerca del radio céntrico. Sólo una década más tarde, en Cuba, alguien sugeriría con seriedad que el mosquito era el portador de la fiebre amarilla y sólo en 1900 los científicos descubrieron cómo se propagaba el virus. Pero los diagnósticos periodísticos a veces, sin saberlo, se acercaron mucho a la verdad. Se sospechaba en especial del sistema insalubre para la eliminación de los desechos humanos. Algunos periodistas recordaban que las pesadas lluvias a fines de 1870 habían inundado las áreas bajas de la ciudad; las letrinas habían rebalsado y las materias fecales

[5] La descripción de la epidemia ha sido realizada a partir de las referencias de Mardoqueo Navarro, "La epidemia del año 1871", en *Anuario de la Dirección General de Estadística*, 1907, II, 359-64; en *Actas*, 1871, págs. 18-163; en los despachos de Macdonell a Granville, 1871, FO 6, v. 302; en ediciones de *La Nación* y *La Prensa*, en la primera mitad de 1871; y en Besio Moreno, págs. 149-57.

habían llegado a las casas, patios y calles. A medida que avanzaba el verano, los enjambres de mosquitos se convirtieron en una verdadera plaga. Un periódico acotó que "la propagación de la fiebre amarilla parecía seguir el curso de las cloacas" y observó que los peores estragos ocurrían en las calles que servían como drenajes de la ciudad [6].

Al principio, la enfermedad se circunscribió a la parroquia de San Telmo y al área de la Boca. Cuando se convirtió en epidemia y comenzó a extenderse hacia afuera, las autoridades comenzaron a tomar tardías medidas de salubridad pública. Decretos y ordenanzas, así como los diarios, atacaban violentamente todas las posibles causas, pero por desgracia no se acercaron al verdadero transmisor. Cada vez que aparecía un caso, los habitantes de la casa eran evacuados inmediatamente; a medida que la epidemia cundía, toda la población de cualquier manzana seriamente infectada era evacuada. Se decretó que los cuerpos fueran enterrados dentro de las seis horas de acaecido el deceso. Se limitaron las procesiones funerarias. Las letrinas tenían que ser desinfectadas y cavadas a mayor profundidad. Los desperdicios no podían arrojarse al río. La carne debía desecharse si no se vendía el mismo día de la matanza; sólo las aves vivas podían venderse en los mercados y se clausuraron los saladeros sobre el Riachuelo.

A principios de marzo, más de 100 personas morían diariamente de fiebre amarilla y en abril las autoridades municipales tuvieron que habilitar un cementerio de emergencia en la sección noroeste de la ciudad, en la Chacarita. El pánico se apoderó de la población. Todos los que podían abandonaban la ciudad y el transporte ferroviario gratuito apresuró el éxodo. Cuando se puso en evidencia que pocas muertes de fiebre amarilla se producían en las zonas más altas, como Flores y Belgrano, los alquileres de esos lugares subieron en forma astronómica. Las autoridades provinciales intentaron aliviar la escasez de viviendas levantando grandes carpas y galpones cerca de poblaciones como San Martín, Morón y Luján.

Durante las primeras dos semanas de abril el índice de mor-

[6] *La Prensa*, 18 de marzo de 1871, pág. 1.

talidad subió a más de 300 personas por día y el 10 de abril la fiebre amarilla segó 563 vidas. Para entonces la ciudad parecía desierta, especialmente en la habitualmente concurrida área de la Plaza. Entre 50.000 y 100.000 habitantes abandonaron la ciudad [7]. Algunos médicos y sacerdotes valientes permanecieron en sus puestos, pero los servicios religiosos se suspendieron. Todas las oficinas públicas se cerraron. La recolección de desperdicios, las patrullas de policía —en verdad, todos los servicios normales— cesaron, y por un tiempo ladrones y asaltantes, que eran lo bastante temerarios para desafiar la epidemia, tenían mano libre en las casas abandonadas de prisa por los propietarios.

Luego, con el retorno del tiempo más frío, en mayo, la epidemia decayó; se producían menos de 100 muertes diarias que, a mediados de mes, declinaron a 20. Gradualmente, tanto los habitantes como la salud volvieron a la ciudad. El comienzo del invierno señaló el fin de la fiebre amarilla, dejando tras de sí un lamentable saldo de casi 14.000 muertos (el doble del total normal de fallecimientos anuales de la ciudad).

La epidemia tuvo gran incidencia en el área de la Plaza. Por ello la gente pudiente que allí vivía cuestionó la prudencia de permanecer en las casas viejas y deterioradas al sur de la Plaza de Mayo. También los llevó a desarrollar el hábito de enviar a sus familias fuera de la ciudad, por lo menos durante parte del verano. Muchos comerciantes extranjeros, especialmente los ingleses, se habían mudado desde hacía tiempo a casas alejadas en la ribera norte de la ciudad; fueron ellos quienes en la década de 1860 habían creado algunas de las localidades siguiendo la línea del Ferrocarril del Norte. Entonces la clase alta comenzó a advertir las ventajas de pasar el verano y los fines de semana en una quinta, con sus árboles frutales y jardines.

El movimiento inicial fue hacia Flores, sobre la línea del Ferrocarril Oeste, en buena medida a causa de su proximidad

[7] Macdonell a Granville, 13 de abril de 1870, FO 6, v. 302, Nº 42, indican que habían quedado poco más de 30.000 personas en la ciudad. Besio Moreno, págs. 153-57, informa que 53.000 personas abandonaron la ciudad.

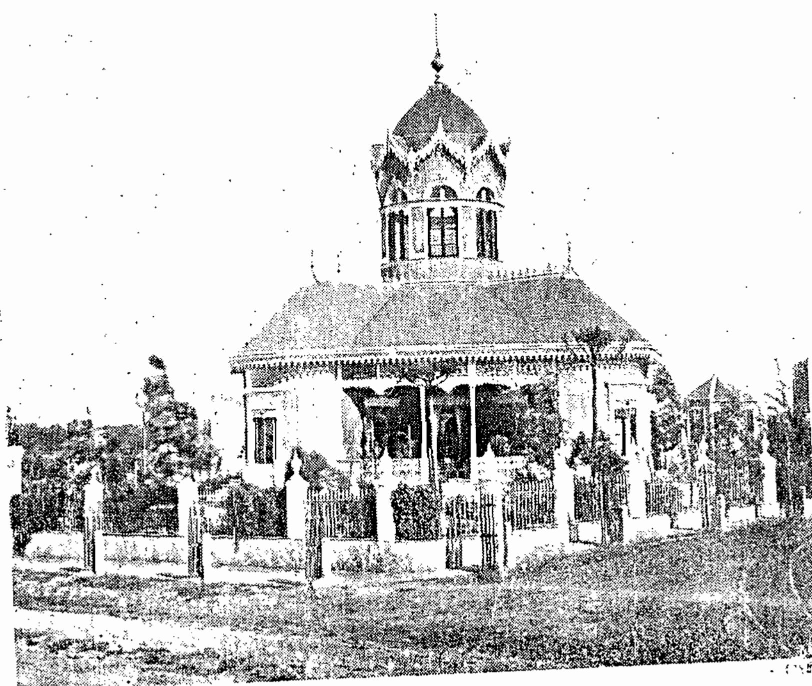


Fig. 25. Quinta de la familia Rodríguez, en Almagro, edificada alrededor de 1895. Típica residencia veraniega de las clases altas porteñas. (Archivo General de la Nación)

a Plaza de Mayo. El valor de la tierra aumentó mucho en Flores hacia 1871, anticipándose al éxodo previsible para el siguiente verano y a principios de 1872 la localidad disponía de nuevos atractivos: un club social, una banda, un teatro y baños públicos [8]. A mediados de la década, la localidad había logrado sólida reputación como lugar de veraneo de las mejores familias. Un observador contemporáneo recordaría más tarde: "San José de Flores era uno de los lugares elegantes donde se pasaba

[8] *La Prensa*, 11 de agosto de 1871; 18 de enero y 15 de febrero de 1872, pág. 2.

el verano. Había allí espléndidas quintas y las reuniones de la plaza eran muy comentadas." [9]

Sin embargo, la clase alta aun cuando deseara alquilar o comprar una segunda casa en un barrio accesible, se mostraba muy reticente en abandonar el área de la Plaza. En consecuencia, durante la década de 1870, se produjo un movimiento desde el área sur de Plaza de Mayo hacia las calles al norte de la misma. Los recién incorporados a la clase alta contribuyeron marcadamente al establecimiento de la élite en el lado norte. Políticos provincianos y profesionales establecidos en la ciudad, comerciantes y banqueros extranjeros, además de los nuevos ricos porteños, casi siempre compraban o alquilaban en Florida, San Martín o en las proximidades de estas dos calles.

En 1880, Florida había reemplazado a Bolívar y Perú como sede de la élite. Su extremo sur también había sustituido a Victoria como zona comercial elegante. Al principio los comercios de gran categoría y las residencias de prestigio convivieron sin problemas. Gradualmente, sin embargo, estalló una lucha entre los propietarios de comercios que deseaban restringir la calle Florida al tránsito peatonal y los residentes adinerados, que querían que sus carruajes llegaran hasta la misma puerta de sus residencias. Puede apreciarse a través de este conflicto relativamente oscuro que Florida siguió siendo la residencia de la élite más o menos hasta 1910. En 1887 el Consejo Deliberante intentó cerrar el tránsito en las cinco cuadras de Florida más próximas a Plaza de Mayo, entre las 19 y las 22 horas; pero esta medida nunca se cumplió porque "se veían privadas de llegar a su casa con sus carruajes" [10]. Durante las dos décadas siguientes los vecinos de la clase alta frustraron disposiciones similares * [11].

[9] Zelmira Garrigós, *Memorias de mi lejana infancia: el barrio de la Merced en 1880*, Buenos Aires, 1961, pág. 113. Referencias que sugieren la importancia de Flores como lugar de veraneo también aparecen en *La Prensa*, 10 de febrero de 1877 y 9 de noviembre de 1880, pág. 1.

[10] *Actas*, 1887, 16 de marzo, pág. 69.

* Pocas manzanas en la ciudad de Buenos Aires tenían callejones que sirvieran de acceso a las entradas de atrás de las casas, hecho que constituía un problema para la clase alta que pretendía llegar con su propio carruaje hasta su residencia. El lote largo, propio de las casas chorizo, indudablemente no permitía dichos pasajes.

[11] Otros infructuosos intentos para cerrar la calle Florida al tránsito de

Pero el control de la calle Florida y del Concejo Deliberante, finalmente pasó a manos comerciales. En 1909 el Concejo aprobó una medida prohibiendo el tránsito de vehículos por Florida durante las horas vespertinas. Aun cuando los vecinos la objetaron y ganaron una derogación temporaria, la regulación fue finalmente aceptada en 1913 [12]. Entre tanto en 1911 el prestigioso diario *La Nación* lamentó el ocaso de una época en un artículo titulado "La muerte de Florida". "La Florida típica, superior, social, hoy evidentemente enferma de vulgarización inexpresiva, se muere..." [13]. Pero ya había comenzado otro desplazamiento de las familias de la clase alta. Aun cuando todavía tenían sus oficinas y comercios en el área de la Plaza, la élite se expandió al Barrio Norte y a las calles del noroeste de Plaza San Martín.

Cambios arquitectónicos formaban parte del reajuste de los modelos residenciales de la clase alta. La arquitectura de la ciudad había cambiado sustancialmente sólo una vez antes de 1870. Hacia fines del siglo XVIII la producción local de ladrillos de horno y tejas había cambiado radicalmente las casas de los sectores adinerados. Pronto los adobes y los techos de paja fueron reemplazados por los nuevos materiales. Paredes más fuertes podían soportar techos más altos (entre 3,5 y poco más de 4 metros), invalorable ventaja para los húmedos y cálidos veranos porteños, aunque las habitaciones fueran heladas y con corrientes de aire en los húmedos meses de invierno. Rara vez se agregaba un segundo piso. También el techo de tejas significaba un avance: las familias acomodadas, cada vez con más frecuencia, recogían el agua de lluvia en cisternas para no utilizar el agua de los pozos poco profundos, a menudo contaminados, o comprar diariamente el agua a los carros aguateros

vehículos a ciertas horas se registraron en *Actas*, 1887, 21 de octubre, pág. 458; 1891, 23 de octubre, pág. 669; 1893, 22 de mayo, págs. 274-76; 1908, 21 de julio, págs. 300-301.

[12] *Actas*, 1909, 15 de junio, págs. 146-47. Las protestas contra esta medida fueron publicadas en la *Revista Municipal*, VI, Nos. 282, 288, 5 de julio, 2 de agosto, 1909, págs. 11, 12, 14; X, Nº 518, 29 de diciembre, 1913, pág. 4; XI, Nº 531, 30 de marzo, 1914, págs. 3-4. La reglamentación fue temporariamente rescindida en 1912, pero restablecida en 1913.

[13] *La Nación*, 17 de marzo de 1911, pág. 11.



Fig. 26. Asistencia Pública, ejemplo de los cambiantes estilos arquitectónicos, con ornamentación y balcones añadidos hacia 1850-60. (Archivo General de la Nación)

que se abastecían en el barroso estuario. Fue así como apareció la casa tradicional con patio, la alargada estructura descrita anteriormente al recorrer la Gran Aldea *.

Durante las décadas de 1840 y 1850 se introdujeron algunas modificaciones en este estilo de edificación[14]. Todas las innovaciones estilísticas, respondían genéricamente a la "influencia italiana", que dominaba la ornamentación y las fachadas, especialmente de las iglesias y edificios públicos. Algunos arquitectos italianos, los más conocidos Nicolás y José Canale, y legiones de albañiles y carpinteros italianos que habían llegado a Buenos Aires en aquellos años, dominaron la industria de la construcción. Su oficio y técnicas modificaron levemente la apariencia de la casa con patio. La fachada simple y sin adornos, que había predominado desde los tiempos de la colonia, seguía de moda. Balaustradas y columnas cuadradas se le agregaban ocasionalmente y aparecía alguna ornamentación sobre las ventanas o en el remate del techo. Las pocas ventanas que daban a la calle todavía se protegían con rejas de hierro, pero ahora con frecuencia lucían filigranas y decoraciones y las del segundo piso por lo general tenían balcones adornados con barandas de hierro o balaustradas.

El creciente valor de la tierra en los alrededores de Plaza de Mayo fue la causa de que cada vez más a menudo se construyera un segundo y tercer pisos sobre la planta alargada de la casa con patio. El resultado fue una vivienda para dos familias con dos puertas de calle: una abierta al tradicional y formal primer patio, ahora cubierto con un cielorraso y designado vestíbulo; la segunda daba acceso a una escalera que terminaba en un vestíbulo similar. Las dependencias de servicio y la cocina de la planta baja estaban ubicadas en un sótano sobre el frente de la casa. En el segundo piso estas dependencias y el lavadero estaban en la azotea. Con tales innovaciones, los arquitectos habían logrado el máximo aprovechamiento de un lote de 17 por 60 metros o, más a menudo, de 8,66 por 26 metros.

* Véanse págs. 64-66.

[14] Hay referencias útiles aunque dispersas con respecto a los cambiantes diseños arquitectónicos de las residencias de los ricos en Mario J. Buschiazzo,

Después de 1880 el auge de las exportaciones agrícolas del país y la expansión comercial-burocrática de la ciudad que lo acompañó, marcó un cambio en los estilos y construcción de las residencias de la clase alta. Los habitantes adinerados de Buenos Aires, muchos de ellos políticos y comerciantes provincianos, se beneficiaron con un proceso que incrementó las ganancias hasta ese momento limitadas de sus tierras, mercancías y productos agrícolas hasta convertirlas en verdaderas fortunas. Al mismo tiempo, los viajes al extranjero cada vez más frecuentes, la admiración por el progreso y la ciencia engendrados por la filosofía positivista que impregnó los círculos de la élite y de la educación argentina, avergonzó a las clases dirigentes de sus humildes orígenes coloniales y herencia hispánica. La élite porteña, nueva rica de alma si no de origen, se propuso remodelar su ciudad según las más modernas capitales de Europa. La importante fusión de las dos plazas llevada a cabo por Alvear para formar la Plaza de Mayo, y los planes de la Avenida de Mayo, simplemente ponían de manifiesto la admiración de la élite por los diseños de George Haussman para los grandes bulevares de París *.

La clase alta porteña muy pronto dejó de lado lo italiano para aceptar entusiastamente los dictados de la École des Beaux Arts de París. Los italianos fueron sustituidos por arquitectos de escuela francesa, encabezados por figuras como Carlos Agote, Alejandro Christophersen, Jacques Dunant, Pablo Hary y Eduardo María Lanús, quienes habían estudiado en Francia o Bélgica[15]. Apoyados por algunos arquitectos alemanes o ingle-

La arquitectura en la República Argentina, 1810-1930, Buenos Aires, 1966; Jorge O. Gazaneo y Mabel M. Scarone, *Arquitectura de la revolución industrial*, Buenos Aires, 1966; Instituto de Arte Americano, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, *La arquitectura en Buenos Aires 1850-1880*, Buenos Aires, 1965; José Xavier Martini y José María Peña, *La ornamentación en la arquitectura de Buenos Aires*, 2 v., Buenos Aires, 1966-67, v. 1, 1800-1900; v. 2, 1900-1940; Carlos María Morales, "Estudio topográfico y edilicio de la ciudad de Buenos Aires" en *Censo General de la Ciudad de Buenos Aires*, 1909, III, págs. 497-580; Federico F. Ortiz y otros, *La arquitectura del liberalismo en la Argentina*, Buenos Aires, 1968.

* Véanse págs. 142-146 para una descripción de la formación de Plaza de Mayo y de la construcción de la avenida.

[15] Ortiz, *La arquitectura del liberalismo*, notas biográficas y pág. 137.



Fig. 27. El Palacio Unzué sobre la calle Cerrito. Compárese con la fig. 10. (Archivo General de la Nación)

ses, remodelaron la ciudad convirtiéndola en el París de América del Sur. La crisis del noventa y los años de depresión que la sucedieron retardaron sin detenerla la tendencia hacia estilos más ornamentados y suntuosos, tanto en edificios públicos como privados.

Con el auge de 1905-12 la élite se hizo ecléctica, aun cuando predominaba la influencia francesa, con sus grandes entradas, *foyers* y vestíbulos, su dilatada perspectiva y el armónico equilibrio de líneas. Sin embargo, los arquitectos de tendencia italiana recuperaron alguna popularidad con sus exhuberantes y exageradas ornamentaciones de fachadas.

El impacto de la École des Beaux Arts para la edificación de



Fig. 28. Los palacios de las familias Anchorena y Peña, sobre la Plaza San Martín, alrededor de 1911. Compárese con la fig. 10. (Archivo General de la Nación)

la clase alta, junto con la valorización de la tierra en el centro de la ciudad, estimuló el traslado hacia el Barrio Norte al mismo tiempo que promovía la construcción de palacios de tres o cuatro pisos y del *petit hotel.* El lote alargado, tan adecuado a las casas con patio, no lo era en el estilo francés, que exigía mayor espacio. Si bien el lote estrecho todavía se utilizaba

para las casas nuevas de los suburbios *, la gente pudiente que se mudó por Florida hacia la Plaza San Martín y el Barrio Norte adquirió lotes cuadrados, a menudo de un cuarto de manzana o por lo menos lotes rectangulares con un fondo no mayor de tres veces su ancho.

En su manifestación más ostentosa el nuevo estilo originó mansiones y palacios que ocupaban toda una manzana. Uno de los más espléndidos, el palacio de José C. Paz sobre Plaza San Martín, terminado en 1912, sede actual del Círculo Militar, ocupó una manzana en forma de cuña. Su diseño, realizado en Francia, pertenece a un arquitecto francés de primera línea, Louis Sortais. René Sergent trazó en París los planos para el palacio Errázuriz, construido en 1911 sobre la Avenida Alvear (hoy Libertador General San Martín) y actualmente Museo de Artes Decorativas. Dos años antes se había levantado sobre Plaza San Martín la mansión de Mercedes Castellanos de Anchorena: ocupaba toda una manzana y se destacaba por su llamativo patio oval de entrada, flanqueado por las dos alas de la mansión [16]. El tono de esos palacios barrocos ya había sido establecido por las familias de Ortiz Basualdo y Peña, cuya residencia también daba a Plaza San Martín. Esta casa de tres plantas, ganadora del premio municipal de arquitectura de 1904, y valuada en esa época en 500.000 pesos, más o menos un cuarto de millón de dólares, salió del tablero de dibujo de Julio Dormal.

No sólo el exterior de esas mansiones, sino también los ricos y suntuosos interiores expresaban el espíritu, ambiciones y valores de una clase alta ansiosa de ostentar su riqueza y progreso y emular las modas más aceptadas del mundo. Salones de billar de mosaico, de recepción, con espejos y ornamentos, los destinados a exhibir colecciones de arte, sugieren cuánto había cambiado el medio ambiente de la élite y sus actitudes con respecto a la de la Gran Aldea.

* Para un estudio de la expansión hacia afuera de otros grupos no pertenecientes a la élite véanse págs. 227-234.

[16] Buschiazzo, *La arquitectura*, pág. 30. Este edificio, hoy sede de la Cancillería, fue proyectado por Alejandro Christophersen.

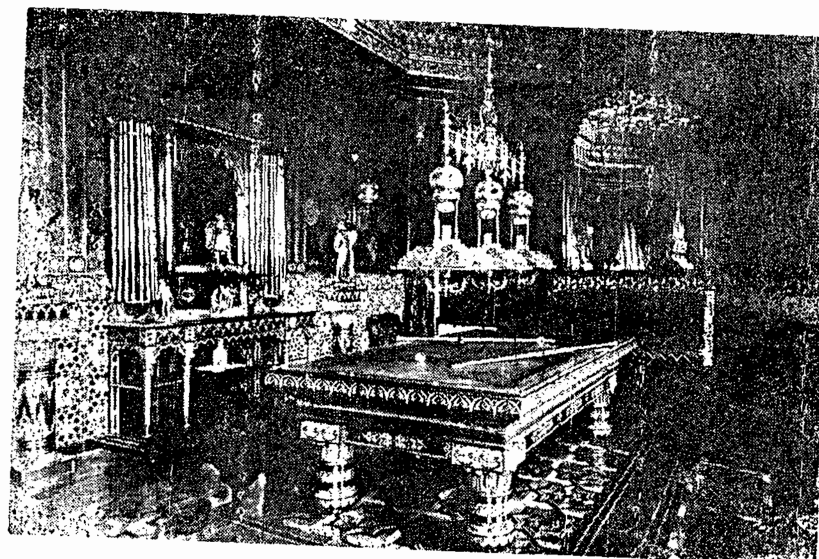


Fig. 29. Palacio Ortiz Basualdo: sala de billar estilo morisco. (Archivo General de la Nación)

Los nuevos estilos y gustos también influían en otros sectores de la clase alta porteña que, sin embargo, no podían alcanzar el dispendioso nivel del palacio o del petit-hotel. La construcción tipo chalet que apareció con creciente frecuencia con el nuevo siglo, atraía a las familias relativamente acomodadas. Un ejemplo típico era el chalet descrito en un anuncio en 1906:

"Hermoso chalet, en Belgrano... Planta baja, sala, escritorio, gran comedor, antecomedor, toilette, amplio zaguán, espléndido hall, cocina y w.c., cuarto para lavar y huerta con legumbres. Entrepiso: un dormitorio y dos piezas para servicio. Planta alta: tres dormitorios, precioso vestíbulo, cuarto de baño. Recientemente construido, gas, aguas corrientes." [17]

Menores en pretensiones y por tanto al alcance de profesionales modestos se ofrecían casas como ésta, anunciada en 1907:

[17] *La Prensa*, 6 de agosto de 1906, pág. 12. La base fue fijada en 30.000 pesos; la casa se vendió en 43.500 pesos.

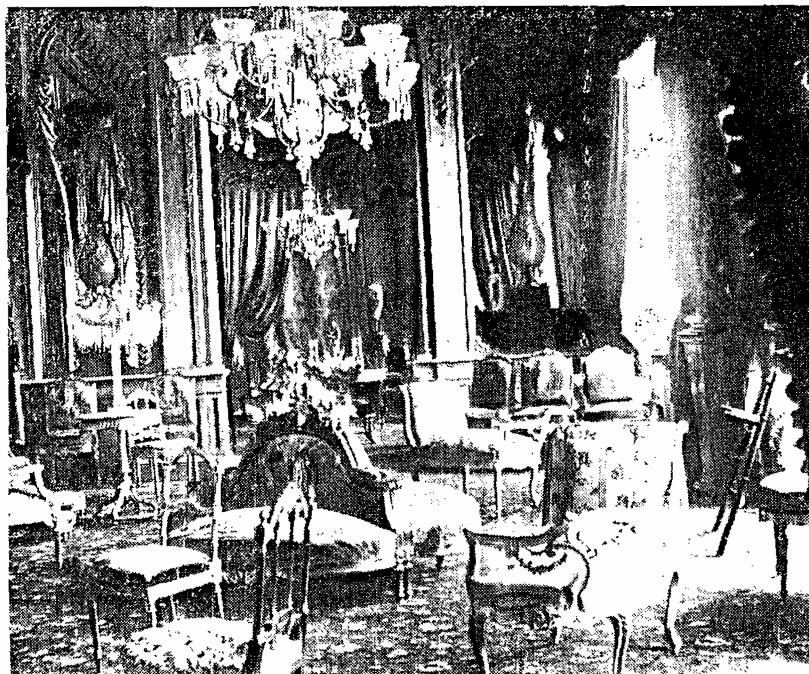


Fig. 30. Palacio Ortiz Basualdo: salón típico. (Archivo General de la Nación)

"Nuevo... 10 varas por 27 v. Primer piso: vestíbulo, escritorio, sala, 2 dormitorios, comedor, baño, cocina. Altos con pieza de servicio. Gas, aguas corrientes, cloacas." [18] En el caso citado, la planta estilo patio se había compactado.

Mientras el palacio Ortiz Basualdo tenía un valor de medio millón de pesos, los precios de venta de estas dos casas eran de 13.500 y 18.500 pesos respectivamente. No obstante, hasta esos precios estaban muy por encima de los 1.000 pesos que un artesano especializado podía invertir en un lote angosto y en una casa de una pieza * [19].

[18] *La Prensa*, 3 de agosto de 1907, pág. 13. La base fue de 14.000 pesos; la casa finalmente se vendió en 18.500 pesos.

* Véase el estudio de costos de las casas de los obreros en págs. 229-230.

[19] Otra característica morada aparece en los recuerdos de Julia Bunge.

Los ricos de Buenos Aires buscaron, por lo menos durante algunas décadas, lo mejor de dos mundos: la proximidad a la compacta zona céntrica sobre Plaza de Mayo y disfrutar al mismo tiempo de espacio, elegancia y lujo mudándose hacia la Plaza San Martín y el Barrio Norte. Así la tendencia centrífuga de los sectores adinerados se produjo en Buenos Aires en forma diferente y tardía si se la compara con otros centros urbanos comerciales e industriales. Después de 1920 y con la creciente difusión del automóvil, la clase alta tendió a seguir la dirección tomada anteriormente por muchos extranjeros pudientes, especialmente los ingleses y alemanes. Cada vez en mayor número se extendieron por Belgrano, Villa Devoto y Flores, y más allá de la Capital Federal, hacia el norte, por Vicente López, Olivos, La Lucila, Martínez, Acassuso y San Isidro. Pero el Barrio Norte conservó su prestigio: aún hoy es el área residencial más concentrada y valorizada de la élite porteña.

A pesar de la preferencia de la élite por la zona de Plaza de Mayo, la mayoría de los habitantes del centro eran obreros, artesanos, obreros especializados, pequeños comerciantes. Muchos acababan de llegar a la Argentina. Como la demanda de mano de obra en el centro era grande y el boleto de tranvía era caro hasta después de 1900, estos recién llegados se congregaron en los conventillos céntricos, en casas de pensión y departamentos baratos. En consecuencia sus condiciones de trabajo y vida eran el otro aspecto del sistema de cambios que se producían en el área de Plaza de Mayo.

La Argentina, en especial Buenos Aires, atrajo mano de obra inmigrante, durante la mayor parte de los cuarenta años que corren entre 1870 y 1910. En Europa la depresión económica,

Su padre, Juez de la Suprema Corte, padre de ocho hijos y poseedor de una fortuna de origen comercial, alquilaba una casa de veraneo en San Isidro y era propietario de otra en Callao al norte, zona que se estaba convirtiendo rápidamente en el Barrio Norte: "Consta de: hall, sala, salita, escritorio, comedor grande, ante comedor, hall interno, nueve dormitorios y tres baños... una galería abierta, que da al jardín, une todos los dormitorios. La parte de servicio abajo, es muy amplia: hall, cocina muy grande, cinco dormitorios, dos baños." Julia V. Bunge, *Vida. Época maravillosa, 1903-1911*, Buenos Aires, 1965, pág. 19.

la superpoblación y la carencia de oportunidades impulsó una corriente inmigratoria hacia la Argentina, que presentaba perspectivas de progreso. En Buenos Aires los jornales, especialmente de trabajo especializado o semiespecializado, a veces duplicaban y triplicaban los pagados en ciudades italianas, españolas y francesas, y en ocasiones eran sustancialmente más altos que los de Londres o Liverpool. La demanda de obreros de la construcción atrajo a albañiles, carpinteros, pintores y peones en cantidades proporcionadas con los aumentos totales de la población; en relación con el aumento de la población total los porcentajes de trabajadores en cada actividad se mantenían relativamente constantes (véase el cuadro 6).

Aunque los trabajadores de la construcción encabezan la lista, los empleados en otras ocupaciones también aumentaban proporcionalmente al total del crecimiento demográfico. La población total de la ciudad aumentó nueve veces entre 1869 y 1914; durante ese período el número de pequeños comerciantes creció ocho veces, el de sirvientes, siete, el de carniceros, panaderos, zapateros y costureras, cinco. Más aún, el desarrollo de ciertas industrias de procesamiento, tales como el envasado de carne, el lavado de lana, la destilería, la cervecería, la fabricación de cigarrillos, la producción de galletitas y pastas, y los molinos harineros, abrieron una gama de ocupaciones virtualmente desconocidas en 1870.

En estas ocupaciones predominaban notablemente los extranjeros. Aún en 1914, cuando ya numerosos hijos de inmigrantes fueron incluidos en las cifras de los nacidos en la Argentina, los extranjeros sobrepasaban a los argentinos en proporciones impresionantes: 5,6:1 para los albañiles; 4,2:1 para los carpinteros; y 9,8:1 para los jornaleros. La necesidad de brazos fuertes en la construcción del ferrocarril y el puerto, y en la carga de barcos —tipos de trabajo poco atractivos para los argentinos— aumentó mucho durante la prosperidad económica de 1884-89 y 1905-12. A medida que la agricultura se expandía en la pampa —inicialmente a través de colonos propietarios y posteriormente a través de chacareros arrendatarios— la demanda de brazos para la cosecha creció enormemente. Esta demanda

produjo un flujo anual desde el comienzo de la cosecha de trigo en Santa Fe y Córdoba a fines de noviembre hasta la terminación de la del maíz en el sur de la provincia de Buenos Aires, a fines de marzo. Alrededor de 50.000 trabajadores llegaron anualmente a la Argentina durante la década del noventa y el doble durante la primera década del siglo XX [20]. La paga era varias veces mayor que la ofrecida en las granjas europeas; proporcionaba al trabajador bastante dinero como para cubrir su pasaje de ida y vuelta en tercera clase, más una ganancia sustancial adquirida durante la estación de escasez de trabajo del invierno europeo. Aun cuando no puede decirse con certeza cuántos de estos trabajadores inmigrantes formaron la mano de obra de la ciudad, las memorias y relatos contemporáneos sugieren que, para muchos de ellos, algunos años de trabajo rural en verano sirvió de prólogo a su residencia permanente en Buenos Aires.

La atracción económica de Buenos Aires y de la Argentina en general no fue constante durante estos cuarenta años, incluso si sólo consideramos la evolución de los salarios [21]. Una es-

[20] James R. Scobie, *Revolution on the Pampas; a Social History of Argentine Wheat, 1860-1910*, Austin, Texas, 1964. Hay versión castellana publicada en esta misma colección: *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino. 1860-1910*, trad. de Floreal Mazía, Ed. Solar, Buenos Aires, 1968, pág. 80.

[21] Los datos sobre jornales han sido tomados de distintas fuentes: "Informe sobre la condición de las clases industriales", Phipps, agregado a la nota de Macdonell a Granville, 15 de julio de 1871, F.O. 6, v. 304, Nº 79; Jacinto Oddone, *Historia del socialismo argentino*, 2 v., Buenos Aires, 1934, I, págs. 75-78; "Informe sobre Inmigración", 4 de julio de 1891, Herbert, agregado a la nota de Pakenham a Salisbury, 21 de julio de 1891, F.O. 6, v. 418, Nº 30; M. F. Wodon, *Les états de la Plata du point de vue de l'emigration et de la colonisation*, París, 1892, págs. 116-27; *Los trabajadores en la Argentina*, Adrián Patroni, Buenos Aires, 1898, págs. 113-14; William I. Buchanan, "La moneda y la vida en la República Argentina", en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, I, 2 de diciembre de 1898, págs. 211-13; una serie de cuarenta artículos titulada "Los obreros y el trabajo" que apareció en *La Prensa*, 16 de agosto al 22 de diciembre de 1901; "Condiciones del trabajo en la Ciudad de Buenos Aires", *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, Nº 3, 1907, págs. 319-44, 347-58; Nº 4, 1908, págs. 13-50; Nº 6, 1908, págs. 347-99; 1909, Nº 10, págs. 326-51; Nº 11, 1909, págs. 476-502; Nº 12, 1910, págs. 5-22; Nº 14, 1910, págs. 528-31; Nº 16, 1911, págs. 5-23-32-37; Nº 17, 1911, págs. 261-63; Nº 19, 1911, págs. 765-87; 788-806, 807-11; F. Stach, "Estudio sobre salarios y horas de los obreros y em-

timación de la fluctuación en las remuneraciones puede obtenerse reduciendo los jornales pagados en pesos papel a los jornaleros y trabajadores especializados de la construcción, a la unidad común de pesos oro (véase el cuadro 7). En 1870 los jornales alcanzaron niveles particularmente altos, varias veces mayores que los percibidos en Italia y España y algo más altos que los pagados en la mayor parte de Inglaterra y Estados Unidos. El obrero común ganaba alrededor de 1,20 pesos oro por día, mientras que los especializados recibían hasta 4 pesos oro. Con la depresión de mediados de la década de 1870 este monto disminuyó; en 1880 el jornalero no cobraba más de 0,75 pesos oro, y un albañil o un carpintero, 1,50 pesos oro diarios. La recuperación económica producida en los primeros años de la década del ochenta hizo que los salarios pasaran a ser dos o tres veces mayores que los de España e Italia; la diferencia era considerablemente menor respecto de los de Francia y Alemania. En 1885 un jornalero podía ganar un peso oro por día, mientras que el trabajo especializado valía entre 1,90 y 2,10. La depresión de comienzos de la década del noventa redujo los salarios a la mitad; en 1892 el jornal por trabajo no especializado oscilaba entre los 0,30 y 0,50 pesos oro, y el del especializado, entre 0,75 y un peso. Se produjo una recuperación a fines de la década y en 1905 la Argentina otra vez atraía gente de las áreas deprimidas de Europa, especialmente de España. El obrero no especializado percibió cerca de un peso oro por día en 1905 y el especializado podía llegar a un tope de dos pesos oro. En 1910 se alcanza un pico casi tan alto como el de 1870: los obreros no especializados recibían de 1,20 a 1,50 pesos oro, y los especializados podían asegurarse de 2,50 a 3,50 pesos oro diarios. Los salarios bajaron una vez más con la depresión de 1913-14: los obreros no especializados volvieron a jornales de 0,75 pesos oro y los especializados descendieron a 1 y 1,50. Los jornales en la ciudad de Buenos Aires actuaron como un imán

pleados en los diferentes trabajos en la Capital Federal y en el resto de la República Argentina", en *Boletín del Museo Social Argentino*, 1913, III, págs. 44-49, 193-200; Spalding Jr. (comp.). *La clase trabajadora argentina*, pág. 35-43.

para los obreros españoles e italianos durante ese período, excepto en los primeros años de la década de 1890. Para obreros de otras nacionalidades la atracción resultó más esporádica.

El interés de los obreros extranjeros también variaba con los precios de los inmuebles y el costo de vida[22]. El salario real cayó drásticamente durante las depresiones de 1874-78 y 1890-93. El alto costo de los alquileres, de la alimentación y de los servicios en la ciudad neutralizaron la atracción de los jornales por lo menos en 1891 y explican la emigración neta de 30.000 extranjeros en ese año. Durante los largos períodos de recuperación subsiguientes a cada depresión, los inmigrantes y trabajadores debieron resignarse a reducir la cantidad y calidad de sus alimentos, remendar una y otra vez sus ropas gastadas, y buscar miserables alojamientos de bajo costo.

Aun en los años prósperos los costos de vida reducían en mucho los aparentemente elevados jornales. La curva del salario real entre 1870 y 1910 no reproduce los altos picos de 1862-72, 1884-89 ó 1905-12 que se consignan como jornales en pesos oro, sino que muestran moderados aumentos para esos años. En 1871, por ejemplo, un informe económico al Foreign Office inglés señalaba que en Buenos Aires el pan costaba tres veces más que en Inglaterra, el combustible cuatro veces más y los comestibles el doble. Aun cuando la carne era barata y constituía el rubro básico de la dieta, era tan fibrosa y dura que se necesitaban un kilo y medio para que equivaliera a medio kilo de la consumida en Inglaterra[23]. Dos años después otro diplomático inglés citó un comentario hecho por uno de los banqueros locales, con respecto a que "el costo de vida en esta ciudad ha subido... por lo menos el 25 % desde 1871", y agregaba que el costo de la vivienda y de la ropa hacía que el

[22] La extensa investigación necesaria para desarrollar el índice de costo de vida o del salario real a fines del siglo XIX, todavía no se ha realizado. Un esfuerzo importante en ese sentido hace Roberto Cortés Conde, *El mercado de trabajo en Argentina, 1880-1913; Evolución de los salarios y condiciones de vida de los trabajadores*, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, 1973.

[23] "Informe sobre la condición de las clases industriales", Phipps, F. O., 6, v. 301, Nº 79.

salario que le pagaba a su secretario resultara ridículo [24]. El alquiler de una pequeña habitación para alojamiento, compartida con cinco o seis hombres más, consumía por lo menos una quinta parte del sueldo mensual de un obrero no especializado. En 1873, una modesta habitación amueblada costaba el equivalente de 37 pesos oro mensuales, una vez y media los ingresos mensuales de un jornalero o la mitad de los de un tenedor de libros. Un traje liviano de verano costaba a un tenedor de libros más de un mes de salario y un sombrero casi una semana.

A medida que los efectos de la depresión de mediados de la década de 1870 comenzaron a sentirse y los jornales bajaron en forma drástica, no se produjo una baja equivalente en los alquileres o los precios de alimentación y vestido. En consecuencia, muchos europeos volvieron a su patria, desengañados y amargados. A fines de 1876 se informó que las calles de Buenos Aires estaban casi desiertas, aun durante las horas de trabajo de un día normal [25]. Muchos de los que se quedaron sufrieron realmente hambre, aliviada parcialmente por los esfuerzos del Concejo Deliberante en distribuir a precio de costo, carnero y pescado, ambos alimentos muy impopulares para los argentinos. El número de mendigos en las calles céntricas aumentó notablemente, y en las tardes, bandas de cincuenta a cien personas se reunían frente a las cocinas del Colegio Nacional o de los dos colegios secundarios de los jesuitas, disputándose restos de carne o pan [26].

Cuando lentamente los jornales comenzaron a recuperarse de las bajas de la depresión, la ciudad se encontró con un raro fenómeno: el extraordinario aumento en el precio del alimento básico, la carne. El conflicto armado de junio de 1880, que terminó con la federalización de Buenos Aires, junto con la intranquilidad y desorden en el campo, causó un momentáneo y brusco aumento en los precios de la carne. Pero después de

[24] St. John a Granville, 6 de marzo de 1873, F. O. 6, v. 314, Nº 5.
[25] *La Prensa*, 10 de setiembre, 23 de diciembre de 1876, pág. 1; *La Nación*, 10 de setiembre de 1876, pág. 2.
[26] *Actas*, 1874, 17 de agosto, págs. 152-53; 20 de agosto, pág. 159; *La Prensa*, 9 de agosto de 1876 y 1º de abril de 1877, pág. 1.

resuelto el conflicto, los precios no bajaron y los repetidos intentos de bajarlos en realidad obstaculizaron la producción de la carne necesaria para satisfacer la creciente demanda urbana. Un esfuerzo para establecer una cadena de carnicerías cooperativas fracasó, como fracasaron los proyectos del Concejo Deliberante de regulación de precios y de distribución gratuita de carne a los pobres. También fueron insuficientes medidas tales como la exención impositiva temporaria en beneficio de los carniceros y el transporte ferroviario gratuito de animales en pie hasta la ciudad [27]. Los más afectados por el costo de la carne fueron, por supuesto, los obreros, que necesitaban carne como los de otros países podían necesitar frijoles, papas, arroz o pan.

Los empleados no lo pasaban mucho mejor por cuanto los alquileres les absorbían buena parte de sus sueldos. El jefe de la misión diplomática británica en Buenos Aires, había triplicado el salario de su secretario con respecto al pagado a principios de la década de 1870; sin embargo se lamentaba de que la pequeña casa más barata y sin muebles que aquel pudo encontrar distaba media hora de viaje en tranvía de su trabajo y le absorbía dos tercios de su salario anual [28]. La intensa especulación con tierras en la década del ochenta y la tendencia a construir edificios de sólo uno o dos pisos, contribuyó a un constante aumento de los alquileres. Esto motivó el siguiente comentario de *La Prensa*: "un problema de la mayor entidad, que afecta no solamente a los llamados pobres, sino a multitud de familias de medianos medios de fortuna, con deberes sociales que cumplir, a quienes el alquiler les absorbe la mayor porción de sus rentas." [29]

La abortada revolución de julio de 1890 acompañó una de las peores depresiones económicas. El alza inicial en los precios de la carne —en respuesta a las amenazas de guerra civil— terminó rápidamente: en 1891 la Municipalidad comenzó a distribuir carne gratuita a los necesitados y estableció rígidos con-

[27] *Actas*, 1880, setiembre 24, 25, págs. 174-75, 180-84; *La Prensa*, 15 y 26 de setiembre de 1880; 14 de enero de 1881, pág. 1.
[28] Sanford a Petre, 20 de abril, 1882, F. O. 6, v. 368, sin numerar, folio 154.
[29] *La Prensa*, 15 de agosto de 1888, pág. 4.

troles de precio sobre la carne en los mercados de la ciudad [30]. Los alquileres disminuyeron en aproximadamente 20 % durante la segunda mitad de 1890, aun cuando muchos propietarios prefirieron dejar las casas y departamentos vacíos antes que bajar los precios. La marcada baja de ocupación y jornales, sin embargo, excedió ampliamente cualquier baja en el costo de la vida e hizo que la ciudad no fuera lugar atractivo para el obrero inmigrante. Por ejemplo, en un solo día a fines de 1891, fueron despedidos 7.000 obreros de la construcción del puerto [31].

Los proyectos de obras públicas estimularon una lenta superación de la crisis de 1890-93. La Avenida de Mayo se concluyó en 1894 y la última dársena fue inaugurada en 1898. Empero, una superabundancia de mano de obra neutralizó cualquier aumento apreciable en los salarios. En varias ocasiones durante 1899-1900 se informó que había entre 20.000 y 40.000 obreros desocupados en la ciudad. En 1899 el secretario del jefe de policía tuvo la osadía de decir en una declaración pública que los desocupados no trabajaban porque no querían hacerlo; al otro día varios miles de volantes aparecieron en las calles; ofrecían empleo y daban la dirección de la casa del secretario como el lugar donde tenían que presentarse. A la mañana siguiente, los trabajadores sin empleo llenaban la calle y las cuadras vecinas. Finalmente hubo que llamar a la policía para dispersar la muchedumbre [32]. En agosto de 1901 miles de desocupados desfilaron por la Avenida de Mayo hasta Plaza de Mayo. El mismo presidente Roca apareció en un balcón de la Casa Rosada, pero su promesa de estudiar los problemas fue ahogada por los silbidos y burlas de la multitud colérica. Un año después, la multitud se reunía en la Plaza para protestar contra el fracaso del presidente que ni siquiera se había tomado la molestia de estudiar la situación [33]. Otros manifestaron su des-

[30] *La Prensa*, 2 de agosto y 26 de setiembre de 1891, págs. 5 y 6 respectivamente.

[31] Pakenham a Salisbury, 21 de octubre, 1891, F. O. 6, v. 418, Nº 47, Comercial.

[32] Oddone, *Historia del socialismo argentino*, II, págs. 7-8.

[33] *Caras y Caretas*, IV, Nº 150, 17 de agosto de 1901; V, Nº 201, 9 de agosto de 1902, sin numerar; *La Prensa*, 13 y 19 de agosto de 1901, págs.

agrado marchándose de la Argentina en tropel; en 1902 hubo una inmigración neta de 17.000 personas, una de las más bajas comparadas con las de las tres décadas anteriores *.

El nivel de vida de los obreros se mantuvo bajo durante más de una década después de la crisis. En una serie de artículos sobre las condiciones de trabajo publicados a fines de 1901, *La Prensa* concluía que los trabajadores con familia apenas podían sobrevivir en la ciudad. La más alta remuneración mensual que podía alcanzar un jornalero llegaba a 70 pesos moneda nacional o su equivalente de 30 pesos oro [34]. Los gastos mínimos estimados para una familia obrera promedio, totalizaban 100 pesos o 43 pesos oro. Las condiciones en la clase inmediata superior tampoco mejoraron: se necesitaban 265 pesos moneda nacional mensuales para sostener a una familia de un empleado compuesta de cinco miembros, cuando un oficinista ganaba menos de 150 pesos moneda nacional por mes [35]. Para subsistir, por supuesto, debían trabajar la mujer y los hijos y reducir los niveles de vida por debajo de los mínimos calculados. Hasta para aquellos que no tenían que medir sus gastos, la vida en Buenos Aires resultaba cara. En 1905 el enviado británico comentó en un despacho a su ministro en Londres que Buenos Aires es "de lejos, el lugar más caro que he conocido en toda mi vida" [36].

Finalmente, en 1905 los jornales del obrero urbano comenzaron a subir. La desocupación casi desapareció y la ciudad y el país gozaron de una prosperidad económica sin precedentes. Para aquellos cuya capacitación y beneficios estaban vinculados

1-5, 3; *La Nación*, 13 de agosto de 1901, pág. 5; *El Diario*, 11 y 12 de agosto de 1901, pág. 1.

* Una merma neta de 30.000 inmigrantes se había registrado en 1891 y una inmigración neta de sólo 16.000 en 1875; estos fueron los dos únicos años por debajo de 1902. En 1902, 96.000 inmigrantes entraron a la Argentina, pero 79.000 abandonaron el país.

[34] El valor del peso papel fluctuó mucho hasta 1903, cuando finalmente se estabilizó a 2,27 con respecto al peso oro. En 1901 el promedio era 2,32. Véase *Censo nacional de 1914*, X, pág. 395-96.

[35] *La Prensa*, 3 y 28 de setiembre y 6 y 10 de octubre de 1901, págs. 5, 5, 4, 4, respectivamente.

[36] Haggard a Lansdowne, 12 de marzo, 1905, F. O. 6, v. 190, Nº 12; también véase su comunicación del 14 de junio, 1905, Nº 29.

con las crecientes exportaciones y tráfico, la vida en la ciudad recuperó una vez más su matiz rosado. El obrero soltero o el especializado con varios hijos adolescentes (en consecuencia en edad de trabajar) resultaban considerablemente beneficiados. Estos grupos eran los que se trasladaban a pequeños lotes y a casas en las afueras y los suburbios.

Pero los que tenían un salario fijo como empleados o poseían especialización o entrenamiento que no eran requeridos con apremio por la expansión comercial, la administración o la agricultura no compartían esta prosperidad. Para ellos los crecientes precios que acompañaron el aumento general de los jornales significaban la continuación de las privaciones. Fruta, verduras, manteca, leche y huevos —que nunca fueron habituales en la dieta del porteño— desaparecieron de la mesa del obrero. Un vegetariano que había estado tratando de atraer adeptos en la ciudad con demostraciones de fuerza bien publicitadas, comentaba que se podía vivir cómodamente con fruta por cinco centavos diarios. Un ingenioso, calculó irónicamente la cantidad de fruta que podía comprarse en Buenos Aires en 1908 por cinco centavos: dos uvas, una guinda, dos frutillas, media naranja, media pera, una banana, el cabo de una pera, una quinta parte de una manzana y la sexta parte de un melón [37]. El pan más barato había subido de 13 centavos el kilo en 1900 a 22 centavos en 1909. En la Argentina, país que se había convertido en el tercero y a veces el segundo como exportador de trigo, el pan costaba más que en París, Londres, Amsterdam o Nueva York. Aún resultaba más irónico que en 1910 la carne costara con frecuencia más en una carnicería de Buenos Aires, de lo que costaba la carne argentina en el mercado de Londres.

Los procedimientos de comercialización y la estructura impositiva contribuyeron en gran medida a la miseria de aquellos con salarios o pensiones fijas. Como las zonas de chacras se alejaban gradualmente del centro de la ciudad, los costos de transporte y el creciente valor de la tierra incidieron en el precio de los alimentos. Los muchos intermediarios involucrados en la venta minorista de artículos alimentarios y los gastos

[37] *Caras y Caretas*, XI, Nº 534, 26 de diciembre de 1908, sin numerar.

generales en miles de pequeños negocios esparcidos por la ciudad aumentaban aún más los precios de los alimentos. Los derechos de importación e internos pesaban mucho en las escalas más bajas de la población. Los derechos de importación sobre la mayoría de los artículos se tributaban por peso o volumen más bien que por valor. Los ricos pagaban sólo un pequeño porcentaje por sus cajones de champaña francés, mermelada inglesa o aceitunas españolas, pero los pobres pagaban más del 100 % sobre artículos protegidos tales como azúcar o vino, o más del 75 % en artículos como kerosene, papel, arroz, café, almidón, aceite, porotos. También en las décadas de 1890 y 1900 una parte sustancial del ingreso nacional provenía de los impuestos internos cobrados sobre azúcar, fósforos, cigarrillos, cerveza y vino. Puesto que tales artículos, evidentemente, en cuanto a unidades, no podían aumentar proporcionalmente al ingreso, los obreros y empleados bajos y medios soportaban una participación excesiva en los gastos de los presupuestos nacionales cada vez más elevados.

Las condiciones de trabajo —además de las fluctuaciones en los jornales y costos de vida— afectaban a los obreros urbanos e inmigrantes europeos. El tipo más común de empleo, que absorbía muchos de los europeos recién llegados, consistía en la estiba en el puerto, la construcción civil, estaciones de ferrocarril o en los comercios mayoristas y minoristas. Los estibadores se contrataban todas las mañanas entre las cinco y las seis, en cuadrillas conforme a las necesidades de trabajo del momento * [38]. Este trabajo podía significar doce viajes por hora por una planchada, hombreando bolsas de azúcar de cien kilos, o 150 viajes diarios del barco a tierra, balanceándose pesadamente, cargados con tablones de madera de 65 kilos [39].

Los trabajadores especializados y semiespecializados, princi-

* En Buenos Aires, quizás a causa de las similitudes culturales y lingüísticas entre la Argentina y los inmigrantes italianos y españoles, no existía de manera tan acentuada como en los Estados Unidos una organización dirigida por *padroni* del trabajo portuario.

[38] Véase Humbert S. Nelli, *The italians in Chicago, 1880-1930; A Study in Ethnic Mobility*, Nueva York, 1970, págs. 55-65.

[39] *La Prensa*, 25 de agosto de 1901, pág. 4.

palmente carpinteros, herreros, mecánicos, albañiles y pintores, así como los que alimentaban y vestían a las clases bajas urbanas —carniceros, panaderos, sastres, zapateros— también encontraban empleo en seguida. Estos hombres trabajaban en grupos reducidos. Rara vez la construcción o los talleres artesanales empleaban más de diez personas. El hecho de que los obreros estaban acostumbrados a trabajar al lado de su patrón y la relativa ausencia de grandes plantas industriales, retrasaron el desarrollo de una conciencia de clase. Jornadas de doce a catorce horas al día eran comunes; en ellas se tendía a un aprovechamiento intensivo de la fuerza de trabajo más que al empleo de máquinas. No obstante, había menos peligros industriales y suburbios más saludables en Buenos Aires, de los que existían en la mayoría de las ciudades europeas y en los Estados Unidos.

Para aumentar los ingresos familiares, las mujeres y los hijos trabajaban con frecuencia tanto tiempo como los hombres y a menudo en lugares estrechos e insalubres. La mayoría de los niños de la ciudad asistía a los primeros grados de la escuela primaria; pero los de las familias más pobres empezaban a trabajar a los nueve o diez años. Los fabricantes de cigarrillos, fósforos, sombreros, botones y bolsas de arpillera invariablemente buscaban mano de obra barata: mujeres y niños. Estos talleres que empleaban a un número de obreros que fluctuaba entre cientos y una docena, economizaban también en luz, ventilación y espacio. Rara vez las mujeres y los niños, como trabajadores marginales, realizaron protestas efectivas por esta situación. Además, el trabajo a destajo en el ramo del vestido, así como el lavado y planchado de la ropa, ocupaban a miles de mujeres que trabajaban en sus casas, en los patios atestados, en las piezas de los conventillos y casas de departamentos baratas.

Durante la primera década del siglo XX, ciertos obreros, particularmente los especializados o los vinculados a la exportación, obtuvieron algunas mejoras en las condiciones de trabajo. En la década de 1890, la agitación socialista y anarquista, dirigida por organizadores italianos y españoles experimentados y

abnegados comenzó a movilizar y organizar a los trabajadores como fuerza real y efectiva. La rápida reacción de la élite terrateniente-comercial que gobernaba a la Argentina a comienzos del siglo XX, junto con el cambio en el ciclo económico —una superabundancia de trabajadores desde 1890 a 1903, seguida de un aumento de los salarios y de las oportunidades desde 1905 a 1912— puso en desventaja al movimiento obrero. Lo que surgió, eran organizaciones gremiales de trabajadores especializados, tales como carpinteros, albañiles, panaderos o impresores y de sectores de obreros especializados de ferrocarriles y curtiembres [40].

Una ojeada a la agitación y reglamentaciones concernientes al descanso dominical, reducción de horas laborables y las compensaciones por accidente, deja captar en algo las condiciones de trabajo para el obrero urbano medio. La clase alta modificó lentamente algunas de sus actitudes hacia la masa trabajadora durante el debate sobre el feriado dominical. En setiembre de 1881, el Concejo Deliberante hizo cumplir una ordenanza anterior que disponía el cierre de todos los establecimientos el domingo, excepto farmacias, cafés, hoteles y restaurantes; los negocios de comestibles podían abrir a la mañana temprano y a última hora de la tarde. Los comerciantes y el público protestaron vivamente, y se votó una nueva ordenanza que ampliaba sustancialmente la lista de excepciones y que autorizaba a todos los establecimientos a permanecer abiertos los domingos hasta las 10 de la mañana [41]. Aun cuando el repre-

[40] Samuel L. Baily, *Labor, Nationalism and Politics in Argentina*, New Brunswick, N. J., 1967, págs. 9-50, analiza el comienzo del movimiento obrero en la Argentina. Un examen sobre el movimiento obrero está más allá del alcance de este estudio. Aunque todavía es preciso realizar muchas investigaciones sobre el tema, un promisorio comienzo lo da Spalding Jr. (comp.), *Historia de la clase trabajadora argentina*; Torcuato Di Tella (comp.), *Estructuras sindicales*, Buenos Aires, 1969; Hilda Iparraguirre y Ofelia Pianetto, *La organización de la clase obrera en Córdoba, 1870-1895*, Córdoba, 1968; José Panettieri, *Los trabajadores*, Buenos Aires, 1967; Jorge N. Solomonoff, *Ideologías del movimiento obrero y conflicto social; De la organización nacional hasta la primera guerra mundial*, Buenos Aires, 1971. Véase también el valioso trabajo de Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino*, 3 v., Buenos Aires, 1960-70.

[41] *Actas*, 1881, 27 de setiembre, 14 de octubre, págs. 143-48, 172-75. El

sentante diplomático inglés observó que la reglamentación "parecía ser por lo general poco respetada" [42], los comerciantes renovaron la batalla contra cualquier restricción en 1883. Decían que tales reglamentaciones no respetaban la libertad de comercio, discriminaban a los grupos religiosos que no observaban el descanso del domingo, y perjudicaban a los trabajadores que necesitaban ganar más dinero trabajando los domingos. Uno de los concejales municipales, Francisco A. Tamini, sintetizó estos puntos de vista con el comentario: "La holganza en el domingo enjendra el vicio, pues se entregan a él en generalidad las clases obreras, en el día determinado".[43] A pesar de un veto del intendente y del prolongado debate que incluía conflictos con el clero, los intereses comerciales triunfaron y para fines de 1883 los establecimientos permanecían abiertos los domingos [44].

Después de 1900, el cierre dominical, fuertemente apoyado por los grupos de obreros católicos, resurgió como un planteo seguro alrededor del cual se uniría la clase trabajadora. A fines de agosto de 1902, 1.500 empleados de los negocios del centro marcharon por Avenida de Mayo a presentar un petitorio al Congreso con 50.000 firmas [45]. Tales presiones siguieron en 1903 y 1904. Hasta la élite mercantil-burocrática terrateniente se hizo a la idea del descanso dominical en nombre de la familia y de la salud. Los mismos periódicos que en la década del

---

periodismo prestó mucha atención a este tema. Aparecieron artículos en *La Prensa*, 29 de setiembre, 5 y 12 de octubre, pág. 1, y en *La Nación*, 1, 2, 4, 5 y 15 de octubre, pág. 1.

[42] Egerton a Granville, 7 de octubre, 1881, F. O. 6, v. 364, Nº 58.

[43] *Actas*, 1883, 22 de agosto, pág. 238.

[44] *Actas*, 1883, 7 y 12 de setiembre, págs. 263-65 y 267-68. Nuevamente los diarios informaron extensamente sobre el debate; aparecieron artículos en *La Prensa*, 30 de agosto, 15 de setiembre, 6 de octubre, pág. 1, y en *La Nación*, 24, 25 y 26 de agosto, 1, 9 y 16 de setiembre, pág. 1.

[45] La prensa informó exhaustivamente sobre esta manifestación, sugiriendo además su importancia, aun cuando uno de los órganos del gobierno, *El Diario*, 1º de setiembre de 1902, pág. 2, indicó que los informes de la policía daban 800 personas integrando la marcha. *La Nación*, 1º de setiembre de 1901, pág. 5, daba una extensa información de la manifestación, lo mismo que *La Prensa*, tanto antes como después del suceso, 24 y 30 de agosto, 1º de setiembre, págs. 4, 3 y 6 respectivamente.

ochenta habían rechazado el cierre del domingo como un ataque a la libertad individual, ahora lo aceptaban como una necesidad básica de la clase trabajadora [46]. El Congreso, aguijoneado por los diputados católicos de orientación reformadora y por el primer representante socialista, logró debatir el problema en 1904, y al año siguiente se votó una ley que disponía que los negocios permanecieran cerrados los domingos en la Capital Federal [47].

Las medidas para reducir la jornada de trabajo no prosperaron tanto. Durante mucho tiempo las horas de trabajo estuvieron regidas por el abastecimiento y la demanda de la mano de obra en varios ramos, o por arreglos especiales que los trabajadores hacían con sus empleadores. Sólo en la década de 1890 se inició la presión por una jornada más corta. En 1894 un concejal y defensor de la causa de los trabajadores, Eduardo Pittaluga, presentó un proyecto para establecer la jornada de ocho horas para todos los trabajadores municipales. Los que apoyaban el proyecto encabezaron manifestaciones por la recién inaugurada Avenida de Mayo y hubo extensos debates en los periódicos, pero luego se impuso el argumento de que tal reglamentación coartaba la libertad de trabajo y finalmente, en el Concejo Deliberante, "se aprobó su archivo" [48].

En 1904 el Poder Ejecutivo presentó al Congreso un *Proyecto de Ley Nacional del Trabajo,* que incluía disposiciones para reducir la jornada laboral. Se decía que dos años de estudio habían

[46] Especialmente apropiados en este sentido son los artículos de *La Prensa*, 17, 23 y 29 de enero de 1904, págs. 5, 4 y 6 respectivamente; *La Nación*, 16 y 24 de enero, pág. 6 y 5 respectivamente; *El Diario*, 9 y 25 de enero, págs. 5 y 2 respectivamente.

[47] Ley Nº 4.661, 2 de setiembre de 1905, de la República Argentina. Diputados, *Sesiones*, 1904, 26, 28, 30 de setiembre, págs. 547-56, 569-92, 594-607; Senadores, *Sesiones*, 1905, 22 de agosto, págs. 554, 615-21; Diputados, *Sesiones*, 1905, 31 de agosto, págs. 568-70. La opinión pública presentó muchas objeciones a la ley; véase *La Prensa*, 20 de octubre, 12 de diciembre de 1905, pág. 5.

[48] *Actas*, 1894, 17 de setiembre, 5 de octubre, págs. 495-96, 541; la disposición final era "archívese". La prensa dio amplio espacio a las manifestaciones y discusiones. *La Nación*, 18 y 22 de setiembre, 4, 6 y 15 de octubre, 1894, págs. 5, 4, 5, 6 y 4 respectivamente; *La Prensa*, 20, 23, 27 y 29 de setiembre; 4, 8 y 15 de octubre de 1894, págs. 5, 4, 6, 5, 5, 5 y 4 respectivamente.

llevado a la confección de este complejo proyecto y el elocuente mensaje del presidente Roca, que lo acompañaba, señalaba que su aprobación mejoraría las condiciones de la clase trabajadora y de los capitalistas [49]. La prensa, pronto apoyada por el debate parlamentario, arrojó serias dudas sobre las intenciones del Poder Ejecutivo. Según el rumor, el proyecto se había hecho sólo con fines de propaganda; después de servir a ese propósito, se le permitiría morir en la comisión [50]. Que es lo que ocurrió.

Algunas partes del proyecto de 1904 fueron presentadas posteriormente como proyectos individuales. En uno de esos intentos, en 1906, el diputado socialista Alfredo Palacios presentó un proyecto de ley estableciendo 48 horas de trabajo semanales y un máximo de diez horas diarias, con menos horas aún para las mujeres y los niños [51]. Al año siguiente se presentó en el Congreso un incompleto proyecto de ley, aprobado finalmente, que fijaba una jornada de ocho horas para los menores de 16 años y permitía a las mujeres trabajar o no, a su elección, inmediatamente antes y después del parto [52]. Los empleadores violaban flagrantemente hasta esas limitadas disposiciones. El aluvión de proyectos socialistas presentados al Congreso en 1913 y 1914 abogaban por una semana laboral de 48 horas en las fábricas, una jornada de ocho horas para los empleados del gobierno y del ferrocarril, medio día de trabajo los sábados, reglamentaciones para el trabajo nocturno y para que terminaran los prolongados horarios que aún se exigían a los empleados en la mayoría de los establecimientos comerciales. Estos proyectos fueron rápidamente enviados a comisión, donde murieron. Para obtener horarios más cortos hubo que esperar una

[49] Véase el mensaje del presidente Roca al Congreso en mayo de 1904, en Heraclio Mabragaña, *Los mensajes: Historia del desenvolvimiento de la Nación Argentina redactada cronológicamente por sus gobernantes, 1810-1910*, 6 v., Buenos Aires, 1910, VI, págs. 74-75.

[50] *La Prensa*, 24 de enero, 3 de febrero, 5 de abril, 16 de mayo, 22 de agosto, 5 y 28 de setiembre de 1904, págs. 7, 6, 7, 3, 6, 3, 7 respectivamente.

[51] Diputados, *Sesiones*, 1906, I, 28 de mayo, 22 de junio, págs. 140-45, 345-50.

[52] Ley Nº 5.291, 30 de setiembre de 1907, de la República Argentina. Diputados, *Sesiones*, 1907, I, 1, 3, 12 de julio, págs. 362-81, 390-414, 133-44; Senadores, *Sesiones*, 1907, 26 y 30 de setiembre, págs. 977, 1081-84.

mayor participación de otros sectores y una representación más popular en el Congreso.

El Congreso y la opinión pública hallaron aún más difícil aceptar la idea de que los empleadores, en alguna forma, tenían una responsabilidad legal por los accidentes que ocurrían a sus obreros. Los accidentes, según el punto de vista más difundido, se debían al descuido o estupidez del individuo; no comprometían a la administración. Tanto los legisladores socialistas como los conservadores propusieron en el Congreso reiteradamente después de 1902 proyectos de indemnización por accidente [53]. Sin embargo, sólo en 1913 se dio el primer paso al establecer una indemnización para todos los empleados nacionales: pagos de hasta un máximo de 1.000 días de jornales en caso de muerte, e indemnizaciones según escala por lesiones.

La vivienda —aún más que las condiciones de trabajo, el costo de vida o los jornales— fue un indicador de las condiciones de vida de los grupos populares que residían en el centro de la ciudad. Aun cuando los conventillos, de acuerdo a los censos municipales de 1887 y 1904, sólo albergaban un cuarto o un tercio de la población del centro, las condiciones de vida en ellos eran similares, en muchos sentidos, a las de todas las clases populares del área céntrica (véase el cuadro 5). El 60 ó 70 % de la población que no vivía en conventillos o en unidades individuales de familia —en el Centro tales unidades estaban generalmente reservadas para las clases altas— ocupaban casas de pensión, departamentos pequeños, o estrechas casas de dos pisos que albergaban a dos o más familias *. Pero la vida en

[53] Se presentaron proyectos en Diputados, *Sesiones*, 1902, I, 30 de mayo, págs. 118-23; 1907, I, 7 de junio, págs. 98-103; 1910, I, 16 de mayo, 1º de agosto, págs. 77-86, 667-69; 1912, I, 26 de junio, 24 de julio, págs. 373-84, 724-28; 1913, I, 26 de mayo, pág. 489; 1914, I, 10 de junio, III, 22 de julio, págs. 674-75, 181-89. Mayor preocupación se evidenció en una edición entera del *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, 1912, Nº 20, consagrado al problema del seguro por accidentes de trabajo y de los antecedentes legislativos en otros países.

* Algunas de las casas individuales que no pertenecían a la clase alta eran propiedad de comerciantes. Especialmente en los edificios construidos en pequeños lotes cuadrados en las esquinas de las manzanas que a menudo



Fig. 31. Antigua residencia convertida en conventillo, en la calle Humberto Iº 439 al 51. (Archivo General de la Nación)

esas casas difería poco de la del conventillo en cuanto al tamaño de las habitaciones, las condiciones de hacinamiento y los servicios. En realidad, el número de habitantes de un edificio —generalmente más de treinta— parecía ser la característica principal del conventillo * [54]. El número de sus moradores le

cobijaban almacenes, panaderías, fruterías, carnicerías, y al propietario y su familia, en la habitación de atrás o en el piso alto.

* No hay una definición del conventillo en los censos de 1887 y 1904; en los materiales manuscritos de los censos de 1869 y 1895 la anotación de conventillo aparece ocasionalmente en alguna hoja, pero no se advierte un criterio uniforme para dichas calificaciones. El censo de 1904 sugiere, sin embargo, que además de las evaluaciones subjetivas del censista, el factor tamaño desempeñaba el papel principal. El censo da el número total de habitaciones de conventillo en la ciudad, dividiéndolo en categorías por su número de habitantes. Sólo el 14 % de los conventillos eran edificios con treinta o menos moradores.

[54] Presentación de las cifras correspondientes a conventillos del censo municipal de 1904 (págs. 133-34):

daba notoriedad en los comentarios de la época, notoriedad que no tenían los alojamientos de otros sectores populares. Tal abundancia de información facilita el estudio del conventillo.

Los conventillos surgieron por primera vez en la ciudad en la década de 1850 cuando las casas de patio, ya deterioradas, ubicadas al sur de Plaza de Mayo se convirtieron en viviendas colectivas. Los inquilinatos atestados producían una renta alta sobre el creciente valor comercial de la tierra cerca del centro de Buenos Aires, y los conventillos competían entonces con las oficinas y con las residencias de los ricos en la utilización de la tierra. Dichos beneficios se agregaron a las presiones que producían cambios dentro del área de la plaza. Las paredes de ladrillo o de adobe, revocadas, de las casas de patio, estaban por lo general deterioradas después de cuarenta o cincuenta años. Estos viejos edificios, a menudo con sólo ligeras remodelaciones interiores, aportaban beneficios mucho más altos a los propietarios como inquilinatos que como casas para las clases pudientes.

Edificios especialmente construidos con ese fin también se agregaron a los conventillos ya existentes en el área de la plaza. Uno de los primeros ejemplos registrados se refiere a un grupo de comerciantes italianos que, en 1867, alquilaron por veinte años varios lotes baldíos en las calles Corrientes y Lavalle y levantaron edificios baratos para alojamiento. A fines de ese año dos nuevos conventillos construidos sobre Corrientes entre Talcahuano y Uruguay ya estaban repletos. Cada uno de ellos tenía treinta habitaciones que medían 5 x 5 metros. El alquiler inicial, cuatro pesos oro por habitación, era una verdadera ganga, dado que insumía sólo el 20 % del salario mensual de un obrero no especializado [55]. La construcción de nuevos conventillos llevó a *La Prensa*, a principios de 1871, a comentar:

"El sistema se ha generalizado de construir en pequeños te-

Número de habitantes	1-30	31-50	51-100	101-150	151-200	201-300	300
% habitaciones	13,8	24,7	35,8	16,4	4,8	3,4	1,1

N = 43.873 habitaciones.

[55] *La Prensa*, 8 de setiembre de 1901, pág. 4.

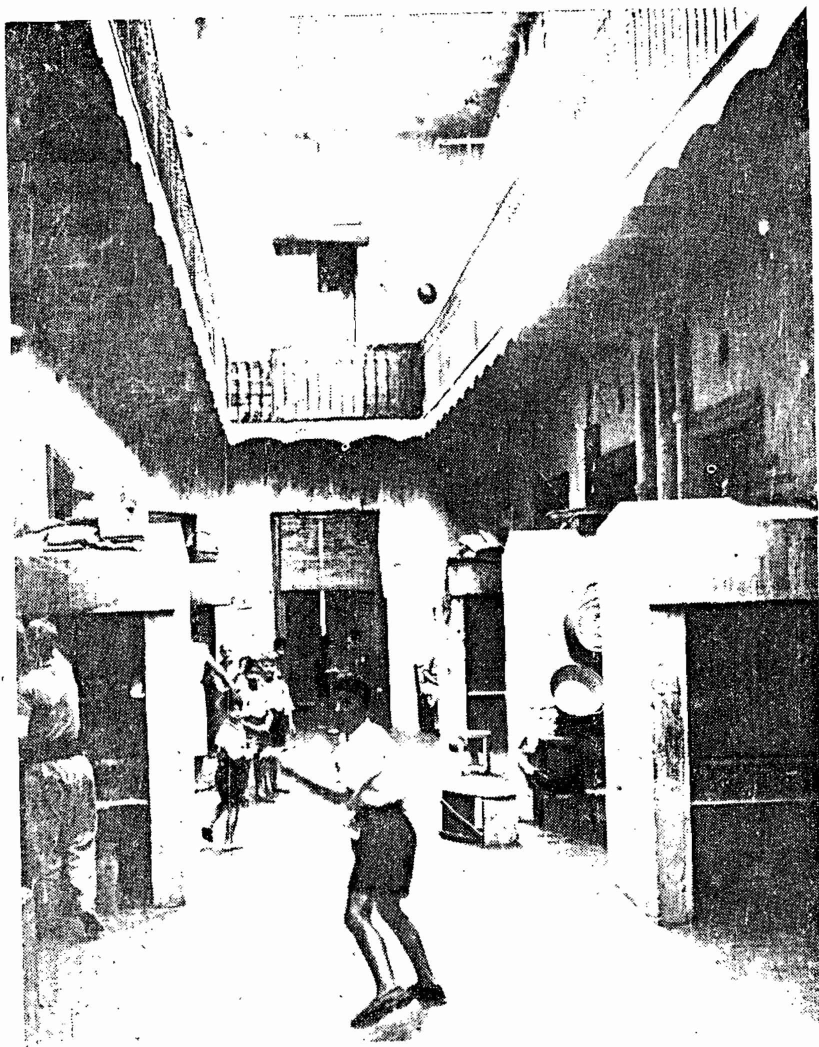


Fig. 32. Patio de un conventillo típico, alrededor de 1910. (Archivo General de la Nación)

rrenos gran cantidad de habitaciones hechas con materiales de poco costo y de tales condiciones que produzcan un alquiler de 3 a 4 %, al mismo tiempo que por su alquiler barato, sus loca-

lidades están al alcance de los jornales proletarios y gentes que no les importa vivir mal y hacinados como si no fuesen entes humanos, sin consideración a la salubridad y a la moral." [56]

En 1880 cerca de 300 de los 2.000 conventillos de la ciudad eran nuevos, expresamente construidos para ese fin [57].

Ya fuera remodelación de una casa antigua o una construcción nueva levantada con fines de especulación, el conventillo adoptó la planta de rectángulo alargado propia de la casa con patio y adecuada a la subdivisión de las manzanas en Buenos Aires. El lote del conventillo, en consecuencia, medía de tres a seis veces su ancho. El frente usual era de 8,66 metros, especialmente en el área de la plaza, donde el trazado de calles y manzanas databa del siglo XVII. Los materiales de construcción y el tamaño de las habitaciones variaban en algo, de acuerdo a la ubicación y época; un conventillo podía tener uno o dos pisos. El esquema general y la estructura del conventillo fue muy constante durante el período que va desde 1870 a 1910. Se conservó la planta de la casa con patio, con una sola puerta de calle, las habitaciones que dan sobre los patios interiores, letrinas en los fondos, y sin ventanas exteriores, salvo las pocas enrejadas del frente. Las habitaciones tenían generalmente 4 x 4 metros y cielorrasos de 4,25 metros de altura, como los de los edificios más viejos, con tendencia a disminuir a 2,75 metros en 1900. A causa del valor de la tierra, los patios se estrechaban hasta convertirse en poco más que corredores.

Al mismo tiempo, los inquilinatos, al albergar unas 350 personas en un edificio que antes había acomodado a 25 miembros de una familia y su personal de servicio, redujo agudamente el precio de los alquileres individuales. Ello contribuía a que el nuevo habitante de la ciudad pudiera estrechar la brecha que separaba el costo de vida de su salario. Los hombres solteros se agrupaban de a seis o siete para compartir una habitación. Familias de cinco o seis miembros alquilaban una sola habitación y con frecuencia admitían en ella a parientes o compatriotas a fin de compartir los gastos.

[56] *La Prensa*, 27 de febrero de 1871, pág. 1.
[57] *La Prensa*, 8 de setiembre de 1901, pág. 4.

En estos ambientes, era indudable que a la vida jamás le faltaba agitación, emoción y proximidad con los propios compañeros[58]. Cada unidad o habitación disponía de alguna intimidad mientras la puerta permaneciera cerrada y una cortina cubriera la única ventana que daba al patio. Los conventillos rara vez tenían cocinas comunes y la mayoría de los grupos cocinaban en braseros de carbón, colocados en un cajón o repisa a la entrada de las habitaciones o, algunas veces, adentro. Otros cajones a la entrada solían tener una palangana para lavar o servían para recoger los residuos. El moblaje era escaso. Una cama de dos plazas o algunos elásticos servían de cama alternadamente durante las 24 horas, a los seis o siete hombres solteros que vivían en la misma pieza. Una mesa de pino, algunos bancos o sillas, uno que otro baúl viejo, quizás una máquina de coser y cajones completaban el amoblamiento. En verano la luz entraba por la puerta y ventana abiertas; en otras estaciones y de noche, se recurría a una lámpara de querosene o gas, o algunas veces a una lamparilla eléctrica. Retratos de héroes populares, generales o reyes recortados de las revistas, una imagen de la Virgen o un par de santos, tal vez una fotografía desvaída de parientes todavía en Europa, aparecían en las paredes que alguna vez habían sido blanqueadas.

Por lo general la jornada se iniciaba temprano —a las 4 y 30 en verano y a las 6 en invierno—, cuando los hombres se marchaban sin hacer ruido y con frecuencia sin desayunar para no despertar a los niños en estas hacinadas viviendas. Poco después comenzaba el ajetreo de las mujeres y los niños mayores: ponían agua o leche en el brasero, iban al mercado o regateaban en sus puertas con los vendedores ambulantes que ofrecían verduras o frutas. A las 9 los niños partían a recorrer las calles en busca de algún trabajo; los que tenían 7 u 8 años asistían

[58] El material descriptivo sobre el conventillo se basa en diversas fuentes autorizadas: *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo, 1908*, Nº 5, págs. 230-40; *La Prensa*, 8 de setiembre de 1901, pág. 4; Adrián Padroni, *Los trabajadores en la Argentina*, págs. 126-33; Guillermo Rawson, "Estudio sobre las casas de inquilinato en Buenos Aires", en *Escritos y discursos*, 2 v., Buenos Aires, 1891, II, 110-14, 142-44; Samuel Gache, *Les logements ouvriers à Buenos Aires*, París, 1900.

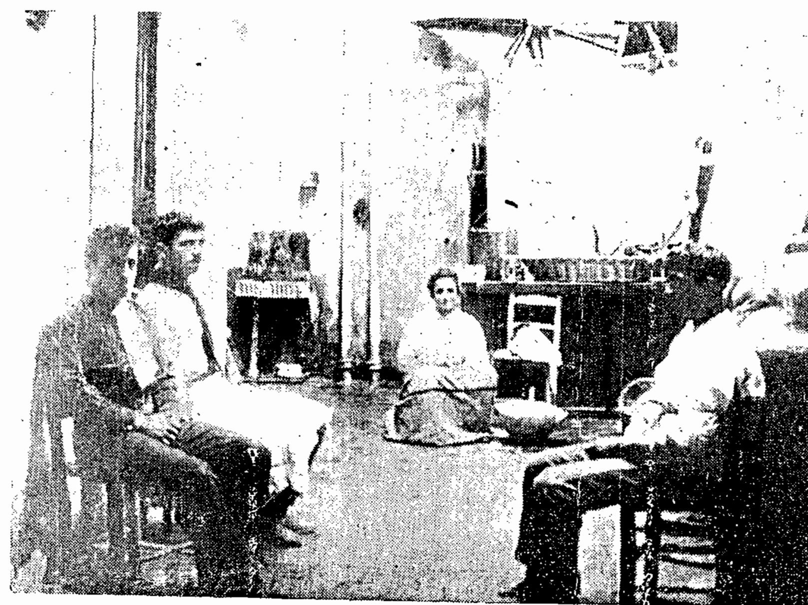


Fig. 33. Patio de una casa de turcos en la calle Tres Sargentos, marzo de 1902. (Archivo General de la Nación)

al primero o segundo grado de la escuela primaria. Desde más temprano las mujeres ya habían comenzado su trabajo a destajo —cosiendo, liando cigarros, planchando o lavando. A las 11 y 30 regresaban los hombres para comer de prisa un puchero aguachento o algún plato hecho con maíz. La tarde traía el bullicio que a menudo se asocia con los conventillos. A pesar de las precauciones de los propietarios para evitar familias numerosas, la mitad de los ocupantes del conventillo tenían con frecuencia menos de quince años y era común que los menores gritaran, riñeran y jugaran en el patio. Los hombres volvían de su trabajo a las 6 ó 6 y 30 y poco después cenaban, por lo general un guiso; a las 10 y 30 casi todo el mundo estaba en la cama. Los feriados religiosos y patrióticos rompían la rutina. Entonces los acordeones, violines y guitarras tocaban danzas y canciones del viejo mundo, dando vida a estos ambientes grises.

Una botella de vino y ocasionalmente caña, daba calor a los cuerpos cansados y los conventillos adquirían una vida y un brillo del que por lo general carecían.

Tanto el conventillo como las pensiones del centro servían de albergue a los miembros recién llegados a la ciudad. Así, muchos europeos pobres transitaban el camino hacia su radicación permanente. Sólo el censo de 1887 distinguió entre los moradores de conventillos los argentinos nativos y los extranjeros, registrando un 72 % de extranjeros para el centro, mientras que el porcentaje para toda la ciudad era del 66 % * [59]. Un estudio de los conventillos del Censo del Distrito 1 (limitado por el Paseo de Julio y las calles Rivadavia, Maipú y Córdoba), según las planillas del censo de 1869 hace pensar en una incidencia aún más grande de extranjeros en la población de los conventillos (véase el cuadro 8). De las 707 personas registradas en ocho conventillos, 468 (66 %) eran extranjeros. Si se agregaban los 180 menores de 14 años, nacidos de padres inmigrantes, el componente de "extranjeros" aumenta a 92 %.

Otras características surgen del estudio de varios conventillos en este distrito. Ocasionalmente un conventillo era habitado por un grupo étnico casi homogéneo. Los de San Martín 256-258 y el de Tucumán 17 tenían un 93 % y 87 % respectivamente de población adulta italiana (véase el cuadro 8). Con más frecuencia, a pesar de que podía predominar una, el conventillo albergaba a varias nacionalidades. No obstante, en estos casos, cada habitación individual ocupada ya fuera por una familia o por un grupo de solteros, pertenecía a una sola nacionalidad. Podía presumirse que dichas personas también eran de la misma región y quizás del mismo pueblo. Asimismo pocos matrimonios se concertaban entre distintas nacionalidades. Ocasionalmente, cuando los niños mayores habían nacido en Europa y los menores en Argentina, podía estimarse la fecha de su llegada al país. En otros casos sólo podía presumirse por el tiempo de su residencia si el matrimonio entre dos personas de la misma nacionalidad tuvo lugar en Europa o en Buenos Aires.

* Ambos porcentajes eran considerablemente más altos que el general de extranjeros en el Centro (60 %) o para toda la ciudad (53 %) (véase el cuadro 4). El hecho de que el censo municipal de 1904 señalara que los menores de 14 años constituían el 35 % de la población que vivía en conventillos (1904, pág. 132) confirma la impresión de que la mayoría de esos niños nacidos en Buenos Aires eran hijos de inmigrantes.

[59] *Censo de la ciudad de Buenos Aires*, 1887, II, pág. 30.



Fig. 34. Familia de inmigrantes (marzo de 1905). (Archivo General de la Nación)

Además del predominio de extranjeros y de la reunión de los que tenían los mismos antecedentes étnicos, se registraba la similitud de ocupaciones entre los habitantes del conventillo (véase el cuadro 8). De las 101 mujeres empleadas (aproximadamente la mitad de la población femenina adulta) de este distrito, todas, excepto una vendedora de cigarrillos, eran lavanderas o costureras o sirvientas. Todos los hombres se vinculaban a los trabajos manuales: más de la mitad jornaleros, peones y sirvientes; el resto: carpinteros, albañiles, zapateros, sastres y empleados de comercio.

Los conventillos, en gran medida por su tamaño y a veces

por la composición extranjera de sus moradores, atraían periódicamente la atención pública. Durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871, el ataque sensacionalista del periodismo se centró de inmediato en los conventillos, no sólo porque la epidemia apareció primero en uno de la parroquia de San Telmo, sino también porque la enfermedad se extendió aceleradamente a otros conventillos de la ciudad. En la búsqueda desesperada por encontrar la causa de esta enfermedad a menudo fatal, se escudriñaron los conventillos atestados, los saladeros de carne, las letrinas y las calles en que se volcaban los desperdicios. Las comisiones de salud pública establecidas en cada parroquia para controlar la epidemia cayeron con mano pesada sobre los conventillos. En la parroquia de San Nicolás, a fines de mayo, más de la mitad de los conventillos habían sido evacuados por la fuerza [60]. Esa forzada expulsión sólo dio como resultado un hacinamiento mayor en otra parte, ya que los evacuados de una zona se trasladaban con sus amigos y parientes a otro conventillo. Siguieron muchas reglamentaciones poco realistas. El Concejo Deliberante estableció que las habitaciones de los conventillos debían tener por lo menos cuatro metros de altura y que cada ocupante debía disponer de un espacio de 28 metros cúbicos; ello equivalía a una ocupación máxima de dos personas por cuarto. Otras ordenanzas prohibían los pisos o patios de tierra y exigían un blanqueo anual interior y exterior o disponían que se colocaran cielorrasos bajo los techos de zinc o de metal corrugado [61]. Cuando el Concejo Deliberante se enteró de condiciones de hacinamiento tales que la gente dormía en los patios y techos de los conventillos, se dictó una ordenanza que quitaba hasta el alivio de la brisa en las calurosas noches de verano al establecer que nadie podía dormir a cielo abierto [62].

El fantasma de la fiebre amarilla continuó fijando la atención pública en este tipo de alojamiento durante varios años. Las reiteradas reglamentaciones, ordenanzas e inspecciones, sin embargo, indican que la Municipalidad sostenía una batalla perdida con los recién llegados, necesitados de habitaciones baratas, y con los propietarios, deseosos de mayores beneficios. Se observó que, a pesar de la vigilancia de las comisiones de salud pública:

"... en la práctica, la comisión hace dejar en una habitación 2 ó 3 camas, pero por la noche entran a esa habitación 8 y 10 individuos que duermen en el suelo o en sus monturas, como los aguadores y porteadores, y eso cuando esas 2 camas no son de las de turno y de alquiler, que son ocupadas por diferentes individuos durante horas determinadas de las 24 del día." [63]

Al mismo tiempo, los propietarios de los conventillos y de apartamentos cobraban buenos dividendos. *La Prensa* publicó en 1874: "Los conventillos dan de 30 a 36 % anual a sus propietarios, quienes son los más ricos y respetables hombres de Bs. As." [64] En 1875, en un esfuerzo para ampliar las reglamentaciones con el fin de abarcar las casas de pequeños departamentos, donde los abusos eran mayores, el Concejo Deliberante puso en marcha un nuevo sistema de licencias que requería la inspección de cualquier establecimiento de renta de cuatro o más habitaciones [65].

Desgraciadamente, la Municipalidad carecía de autoridad para hacer cumplir sus reformas. La expulsión de los ocupantes siguió siendo la única arma del Concejo frente a la amenaza de epidemias. El temor de otro brote de fiebre amarilla a fines de 1879 tuvo como consecuencia nuevas expulsiones. Un incidente particularmente dramático ocurrió en la parroquia de Monserrat, donde las autoridades llegaron por la noche y sacaron a la calle a los hombres, mujeres y niños, junto con el moblaje [66]. Los intentos de alejar los conventillos del radio céntrico mediante impuestos, no dieron mejores resultados. Tales impuestos caían simplemente sobre las espaldas de los inquilinos en forma de alquileres más altos [67]. Hasta el proyecto de Alvear en la década de 1880 —de que la Municipalidad cons-

[60] *La Prensa*, 22 de mayo de 1871, pág. 2.
[61] *Actas*, 1871, 5 y 14 de junio, págs. 120, 156-26.
[62] *Actas*, 1873, 20 de marzo, pág. 110.

[63] *La Prensa*, 30 de diciembre de 1873, pág. 1.
[64] *La Prensa*, 3 de enero de 1874, pág. 1.
[65] *Actas*, 1875, 30 de octubre, págs. 442-46.
[66] *La Prensa*, 28 de noviembre de 1879, pág. 1.
[67] *Memoria de la Municipalidad*, 1879, I, 30-31.

truyera y administrara varios conventillos modelo— fracasaron ante el principio de que el gobierno no debía competir con los negocios privados [68].

Como los conventillos solucionaban en verdad la necesidad del obrero, ofreciéndole un albergue barato, y al mismo tiempo daban pingües beneficios a los propietarios, su número aumentó constantemente hasta la década de 1890. Desde entonces, aunque aumentaba el número de sus moradores, los conventillos registrados en la ciudad siguieron siendo aproximadamente los mismos: 2.500 (véase el cuadro 9). Desvanecido el peligro de la fiebre amarilla, el público en general prestó poca atención a los problemas sanitarios de esas islas atestadas de recién llegados. Casi ninguno de los conventillos de la Boca satisfacía las exigencias mínimas de la ciudad en materia de edificación, de letrinas o mantenimiento [69]. Aun cuando enfermedades tales como la tuberculosis, la escarlatina y la difteria eran comunes entre los habitantes de los conventillos, las relativamente ineficaces actividades de inspección y expulsión que ejercían las comisiones de salud pública en cada parroquia, seguían siendo las únicas armas utilizadas para combatirlas. En verdad, los inspectores municipales frecuentemente aceptaban la inhabitabilidad de los conventillos y llevaban a cabo su tarea dando cifras de ocupaciones menores de las reales.

El aumento de los alquileres favoreció un mayor hacinamiento. La pieza de conventillo que en 1870, en el pico del auge, costaba cuatro pesos oro había duplicado su alquiler en 1890 (véase el cuadro 9). Ilustra acerca de las condiciones de apiñamiento el informe de un diario de 1887:

"El conventillo de la calle Salta 807 tiene 8 piezas habitadas por 48 personas. En el cuarto nº 5, de 5 varas por 6 dormía un matrimonio, una niña de 15 años y 6 hombres. En la pieza nº 2, de 5 por 5 dormía una mujer cuyo marido estaba en el lazareto y 5 hombres más. Dos cocinas albergaban 11 hombres y la pieza nº 7, a 6 hombres." [70]

[68] *La Prensa*, 17 de diciembre de 1882, pág. 1.
[69] *La Prensa*, 12 de enero, 19 de febrero de 1889, págs. 5 y 6 respectivamente.
[70] *La Prensa*, 15 de setiembre de 1887, pág. 5.

Algunos años después, en una sorpresiva visita nocturna a los conventillos de la Boca, el jefe del servicio de salud pública encontró habitaciones en las cuales dormían doce personas. Los alquileres de los conventillos mostraron poca tendencia a la baja durante la depresión de principios de la década de 1890 y recobraron su tendencia alcista durante el período de prosperidad que comenzó en 1905. En 1910, el precio de una pieza de conventillo había llegado a 12 pesos oro, tres veces más que el de 1870. Los costos de habitaciones humildes eran ocho veces mayores que en París y Londres [71].

A pesar del hacinamiento estimulado por los alquileres siempre en alza, las condiciones sanitarias de los conventillos mejoraron perceptiblemente durante la primera década del siglo XX. El centro de Buenos Aires tenía ahora agua corriente, cloacas y recolección de desperdicios. Los habitantes de los conventillos se beneficiaron mucho con estos servicios municipales posibles, en gran medida, por su concentración en la zona céntrica.

Los propietarios se resistían a las ordenanzas, como en 1893, cuando se estableció que debían proveer por lo menos una ducha para hombres y otra para mujeres [72]. Continuaron las exenciones y evasiones; sin embargo, el Concejo Deliberante insistió en 1899 en que hubiera una ducha por cada 10 habitaciones [73]. En la práctica, dichas instalaciones jamás alcanzaron los niveles establecidos por la Municipalidad; en 1904 había aún un promedio de un cuarto de baño con ducha para cada 60 personas [74]. Pero este tipo de ordenanza abrió el camino para nuevas mejoras y, en ocasiones, para su obtención.

[71] Basado en cálculos de 1912 sobre una renta mensual promedio para la habitación de un conventillo, de 30 pesos, o 14 pesos oro, que representaba ocho o diez veces más de lo que se pagaba en París o en Londres; véase Casimiro Prieto Costa. "Las viviendas de la Capital Federal" en *Boletín del Museo Social Argentino*, 1920, IX, pág. 542.
[72] *Actas*, 1893, 8 de mayo, pág. 246.
[73] *Actas*, 1893, 8 de noviembre, pág. 566; 1894, 13 de abril, 3 de agosto, pág. 101, 308; 1899, 3 de octubre, 26 de diciembre, págs. 325, 540.
[74] Domingo Silva. "La habitación higiénica para el obrero", en *Revista Municipal*, I, Nº 46, 5 de diciembre de 1904, págs. 1-3, proporciona una excelente descripción de las condiciones en el conventillo, junto con un estudio de los cambios producidos en esas viviendas desde la década de 1870.

Si bien las condiciones distaban mucho de ser ideales, mostraron alguna mejora respecto de la década de 1870. En 1900 los conventillos, por lo general, tenían un patio de cemento, en algunos casos hasta de cinco metros de ancho, baños, y cierta instalación para duchas. Un informe registraba, no obstante, que, a menudo, entre 20 y 70 personas disponían de una sola letrina y "las emanaciones amoniacales que se desprenden en su interior hacen experimentar malestar y lagrimeo a los que penetran en ellas." [75] Las habitaciones eran algo más chicas desde 1870, pero los materiales de construcción y los métodos habían mejorado. Cada habitación tenía ahora una puerta y una ventana, en tanto que en 1870 muchas carecían de éstas y sólo unas tablas servían de puerta. La construcción de veredas y la pavimentación de las calles y la edificación de las casas por encima del nivel de la calzada, sirvieron para paliar algunos de los efectos de la anegabilidad y humedad de épocas anteriores.

El mejoramiento de los conventillos en el centro no se produjo en los suburbios. Al mismo tiempo que se expandían las casas bajas aumentaban aquellas que alquilaban dos o tres habitaciones o que tomaban varios huéspedes; no estamos en condiciones ni de medir ni de ubicar este aumento, pues aquellos que tenían menos de cinco habitaciones para alquilar o menos de cinco huéspedes escapaban a cualquier inspección municipal. Los alquileres podían ser más baratos que en los conventillos, pero con frecuencia las condiciones eran peores, dado que muchos de los alojamientos todavía carecían de agua corriente y cloacas [76].

En el Centro las mejores condiciones de los conventillos se pagaban a un precio en constante aumento. Los alquileres constituían una parte tan substancial y fija del presupuesto del obrero que los aumentos comenzaron a provocar la protesta de los inquilinos. Por primera vez en 1890 los inquilinos organizaron una comisión que tomara medidas contra los propieta-

[75] *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, 1908, Nº 5, pág. 231; sobre las condiciones de hacinamiento véase también *Boletín del Museo Social Argentino*, 1919, VIII, págs. 225.

[76] Silva, "La habitación higiénica para el obrero", y *La Prensa*, 23 de mayo de 1905, pág. 6.

rios [77]. El movimiento fracasó entonces, pero resurgió en 1893, aunque volvió a fracasar por falta de unidad de los inquilinos de los conventillos [78].

Un importante aumento en 1907 provocó nuevas protestas y condujo a la famosa "Huelga de Inquilinos". Esta huelga, que culminó a fines de 1907, parece haber comenzado como un rechazo espontáneo de los inquilinos en varios conventillos del sur de Plaza de Mayo, a pagar alquileres más altos a causa del aumento de los impuestos municipales. Desde la vecindad de Plaza Constitución el movimiento se extendió rápidamente a la Boca y Barracas y luego al norte, en Palermo. Marchas de niños con escobas al hombro "para barrer a los caseros" recorrieron la Boca y otras zonas tratando de lograr adeptos al movimiento [79].

La asociación de propietarios adoptó una línea dura y se mostró decidida a iniciar acciones judiciales para desalojar a los inquilinos huelguistas [80]. Aprovecharon la experiencia recogida a lo largo de muchos años durante los cuales se habían beneficiado con un mercado favorable. El propietario porteño exigía siempre que el inquilino suministrara una garantía o un depósito, pagara varios meses por adelantado, o pagara los dos primeros meses sin recibir recibo. En este último caso el propietario sólo daba un recibo cuando se le pagaba el tercer mes de alquiler, marcado y fechado como si fuera del primero. En consecuencia, cualquier inquilino demandado por falta de pago, aparecía ante el tribunal con una mora de dos meses. Además, los casos se ventilaban ante el juez de paz local, figura política de considerable autoridad en la parroquia o distrito policial. Tales funcionarios respondían con frecuencia a los intereses del propietario influyente más que a los de los inquilinos, que a menudo eran obreros analfabetos, extranjeros, y además sucios.

La lucha se extendió hasta octubre y los inquilinos persis-

[77] *La Prensa*, 13 de noviembre de 1890, pág. 6.

[78] *La Voz de la Iglesia*, 3 y 21 de junio de 1893; 5 de noviembre de 1894, pág. 1, citada en Hobart A. Spalding, Jr., "Cuando los inquilinos hacen huelga..." en *Extra*, II, Nº 14, setiembre de 1966, pág. 34.

[79] *Caras y Caretas*, X, Nº 468, 21 de setiembre de 1907, sin numerar.

[80] *La Prensa*, 5 de octubre de 1907, pág. 6.

tieron en exigir una reducción del 30% en los alquileres; así la violencia comenzó a signar los desalojos forzosos. Después de varios choques entre los huelguistas y la policía, corrió sangre en la parroquia de San Telmo. Un joven de 18 años, Miguel Pepe, murió, y tres más resultaron heridos en un tiroteo. Su funeral y la marcha de protesta de 15.000 personas que lo acompañó, hizo un recorrido desde Plaza Once a Congreso, y luego por Avenida de Mayo para terminar en Plaza San Martín. Se produjeron más incidentes y tiroteos [81]. La policía respondió a las manifestaciones con impresionantes demostraciones de fuerza. A causa de los desalojos que siguieron los jueces de paz debieron ser custodiados por 100 bomberos armados con máuser, un escuadrón adicional de bomberos con mangueras, cincuenta policías armados y cincuenta policías montados del escuadrón especial de la ciudad. Con frecuencia el Jefe de Policía intervino en negociaciones sobre el terreno que, a veces, terminaban en acuerdos entre los propietarios y los inquilinos [82].

A fines de octubre y principios de noviembre, en el momento culminante del conflicto, se estimó que 2.000 conventillos y 120.000 personas estaban involucradas en la huelga [83]. Finalmente, los inquilinos fueron derrotados por los propietarios, mejor organizados y apoyados. A principios de diciembre la asociación de propietarios respondió a los huelguistas con sus condiciones: dos meses de depósito de todo inquilino, quien debía además probar el pago de los últimos cuatro meses de alquiler en su residencia anterior. Además, la asociación confeccionó una lista negra que incluía delincuentes e inquilinos indeseables [84]. Poco a poco los inquilinos fueron desalojados, expulsados o, con la promesa de reparación o mejoras en los edificios, siguieron pagando alquileres mayores. Meses después, sólo quedaban recuerdos de la "Huelga de Inquilinos". A mediados de 1908 un periodista informó haber observado que casi

[81] *La Prensa*, 23, 24 y 28 de octubre de 1907, págs. 5, 9, 7 respectivamente; *Caras y Caretas*, X, Nº 474, 2 de noviembre de 1907, sin numerar.
[82] *La Prensa*, 1º, 6 y 15 de noviembre de 1907, págs. 8, 6 y 5 respectivamente.
[83] Spalding Jr., "Cuando los inquilinos hacen huelga...", pág. 38.
[84] *La Prensa*, 5 de diciembre de 1907, pág. 9.

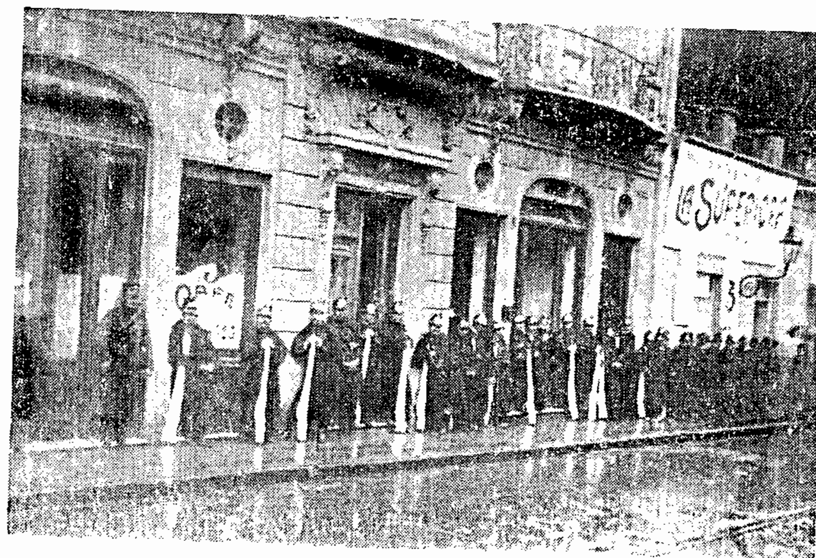


Fig. 35. La policía procede a desalojar el conventillo de Defensa 830, durante la huelga de inquilinos de octubre 1907. (Archivo General de la Nación)

todos los conventillos involucrados en la huelga estaban en peores condiciones que antes, y que los propietarios prestaban poca atención a las ordenanzas municipales [85].

La Plaza de Mayo era un poderoso imán que atraía a los inmigrantes pobres y a los porteños ricos hacia el centro de la ciudad. Los que vivían en los conventillos preferían la plaza a causa de la proximidad a su trabajo y allí se quedaban porque no podían pagar el alto costo del transporte hasta los barrios distantes. Los ricos, aunque se mudaron desde el sur al norte de la plaza, tampoco estaban dispuestos a abandonar esta zona por los barrios suburbanos. La alta concentración de las instituciones sociales, económicas y políticas alrededor de la plaza, así como la poderosa tradición que hacía de ella una zona residencial de prestigio, ataba a la clase alta al centro de la ciudad.

[85] *La Prensa*, 18 de mayo de 1908, pág. 7.

El conventillo y el palacio tipificaban la evolución de los alrededores de Plaza de Mayo. El conventillo era el alojamiento obrero más identificable y característico del centro de la ciudad. Constituía el principal albergue para los recién llegados y muchos de sus rasgos eran compartidos por otro tipo de alojamientos populares en la zona céntrica. El palacio era la exuberante expresión del materialismo y del consumo dispendioso propio de la clase alta urbana en los períodos de prosperidad de 1884-89 y 1905-12. Los que no podían alcanzar este nivel emularon su opulencia en una escala menor, en chalets y casas.

La tendencia hacia afuera fue protagonizada por otros grupos. Los años de prosperidad trajeron no sólo crecimiento demográfico, sino también mayores oportunidades. Al obrero aclimatado al medio ambiente porteño y que poseía un oficio o ahorros, el progreso lo llevaba hacia los suburbios. Los hijos e hijas de inmigrantes buscaron un lote de tierra y un hogar en las afueras. Después de la electrificación y unificación del sistema tranviario, las bajas tarifas apoyaron firmemente esos esfuerzos y acentuaron este desplazamiento.

— 5 —

El tranvía y los barrios

Buenos Aires se extendió hacia afuera a causa de la movilidad que ofrecía su red tranviaria. Este transporte se inaugura con vehículos de caballos, pero se aceleró rápidamente después de 1900 con su electrificación y la consiguiente rebaja de tarifas. La transformación de un trazado urbano cuyo centro era la plaza, en un área céntrica rodeada por barrios, cuya unidad menor era la cuadra, resultó extremadamente importante. El barrio y la cuadra eran el común denominador de la vida urbana de todos aquellos que lograron salir del conventillo céntrico, pero que no podían aspirar a una mansión o un chalet. El tranvía y el vecindario constituyeron así elementos importantes en el desarrollo de Buenos Aires.

Durante varios años antes de 1870 se habían utilizado vehículos de tracción a sangre a lo largo de los ramales de los ferrocarriles. Una de esas líneas transportaba pasajeros desde Plaza Constitución hasta pocas cuadras de Plaza de Mayo; otra unía Retiro con la plaza. Pero en 1870 surgieron compañías independientes para el transporte regular de pasajeros, que inauguraron la primera aplicación sistemática del riel en las calles de la ciudad. A pesar de que las locomotoras llegaban al Parque,